

# A contrapelo: reflexiones críticas sobre el presente y el futuro de los estudios sobre genocidio

---

**Henry C. Theriault**

Universidad Estatal de Worcester

## Resumen

Este artículo propone una crítica a ciertas tendencias dentro de los estudios sobre genocidio, entre las que aparecen el abuso del prestigio y de la obra de Lemkin, el alejamiento frente a las posturas del activismo académico contra el genocidio, el tono displaciente con el que se aborda la agencia política de los grupos de víctimas, las tendencias relativistas del concepto de “políticas de la memoria” y su implementación, la creciente institucionalización del campo, el concepto de “generocidio” y la imagen opaca que supone la violencia genocida dirigida contra mujeres y niñas, el foco en la deshumanización como condición para el genocidio y el énfasis en las advertencias tempranas. El artículo también discute una nueva estrategia negacionista del genocidio. A la luz de ello, las advertencias tempranas sobre el genocidio son, en gran medida, inoperantes. Más allá de la indiferencia política que explica la existencia de genocidios perpetrados incluso en la actualidad, la preeminencia de este delito se debe al hecho de que el orden mundial del presente y muchas sociedades específicas fueron moldeados por el genocidio y la violación en masa y la opresión vinculadas con ese primer crimen. El artículo sostiene que un proceso global de reparación podría ayudar a encauzar el mundo y alejarlo de los fundamentos y tendencias genocidas.

## Abstract

*This article critiques certain trends in genocide studies, including scholarly misuse of Lemkin's status and work, retreat from academic activism against genocide, dismissive approaches to victim groups' political agency, relativist tendencies of the “memory politics” concept and its application, growing institutionalization of the field, the obscuring of genocidal violence against women and girls through the concept of “gendercide,” the focus on dehumanization as a condition of genocide, and the emphasis on early warning. The article also discusses a new genocide denial strategy. In light of this, genocide's early warning is irrelevant and, far beyond political indifference accounting for the continued prevalence of genocide, prevalence is due to the fact that the current global order and many individual societies have been largely formed through genocide*

---

\* Este artículo está dedicado a la memoria de mi amigo y mentor Robert John Ackermann, 1933–2011.

*and related mass violence and oppression. The article contends that a global reparation process could help rework the current world away from its genocidal foundations and tendencies.*

**Palabras claves:** Lemkin, políticas de la memoria, generocidio, deshumanización, prevención del genocidio, reparaciones.

**Keywords:** *Lemkin, memory politics, gendercide, dehumanization, genocide prevention, reparations*

El artículo examina ciertas cuestiones y tendencias de los estudios sobre genocidio del presente. Algunos temas recibieron una especial atención en los últimos años, mientras que otras cuestiones no fueron estudiadas de manera suficiente y, sostenemos, revisten importancia para el futuro de la disciplina. Si bien este artículo reconoce los importantes pasos dados, representados por diversas actividades recientes del campo, así como también el énfasis abarcador de estos estudios –aspecto tan elogiado–, abordamos los temas aceptados desde una mirada crítica para exponer los presupuestos, las brechas y otros puntos problemáticos para el análisis y, de este modo, abrirlos a nuevas miradas y direcciones. Mediante la identificación de temas poco discutidos, el artículo toma el campo entero como objeto para realizar una crítica similar y abrir nuevos caminos para campañas o para la investigación.

El artículo apunta a cuestiones específicas en vez de temas abstractos, pero el objetivo no es desplegar una secuencia de discusiones sobre el valor de determinados investigadores u obras. Esto se debe a dos razones principales. En primer lugar, el objeto del artículo es identificar las características generales del campo así como la posición que ocupa y el lugar hacia donde debe dirigirse en el futuro cercano. Más allá de lo productivos que resultan los comentarios sobre ciertos académicos para este proceso, sostenemos que un enfoque demasiado específico, en un trabajo breve, puede hacer perder el foco de las cuestiones más generales que están en juego. En segundo lugar, mientras que en la academia la historia es uno de los últimos reductos para la obsoleta historia de los “grandes hombres” (nótese el concepto de “pioneros de los estudios sobre genocidio”, por ejemplo), el desarrollo de un campo de estudios se ve impulsado por fuerzas y situaciones específicas que incluyen los deseos y actos individuales pero no se agota en ellos. El trabajo individual se define en estas

tendencias en igual o mayor medida que como actividad intelectual clave, independiente e individual. No afirmamos que los trabajos de los estudios sobre el genocidio carecen de originalidad, aunque es cierto que algunas tendencias recientes –“generocidio”, colonialismo y genocidio, entre otras– son básicamente producto de haber recurrido (de modo tardío) a movimientos académicos e intelectuales de larga data e incluso institucionalizados –estudios sobre género, estudios poscoloniales y sobre lo subalterno, etc.– para el estudio del objeto específico del genocidio. De hecho, algunos investigadores se reconocen o son identificados con determinadas tendencias dentro del campo, pero en realidad lo que sucede es que los diversos trabajos independientes tendieron a converger en ideas similares.

Recurrir a marcos teóricos que no son del propio campo de estudios no es para nada una tendencia improductiva. Por el contrario, el uso de la teoría poscolonial, por ejemplo, es bienvenido y resultó en varios avances en el campo. Es más, la interacción entre dicho abordaje y el estudio sobre el genocidio también resulta en un aporte para la teoría poscolonial tal como la implementación de los abordajes de los estudios sobre el Holocausto para otros genocidios habilitó nuevas y productivas reflexiones sobre el primero –por ejemplo, en relación al trabajo sobre el negacionismo–. No obstante, el enfoque en los investigadores del campo soslaya las largas tradiciones intelectuales externas que son el fundamento de este tipo de trabajos de los estudios sobre el genocidio.

El tema del campo mismo es una cuestión interesante. Una década atrás, los investigadores lo llamaban “estudios comparativos sobre el genocidio” y se resalta que los diversos casos de genocidios, entre ellos el Holocausto, debían aprehenderse como parte de un fenómeno más general y por medio del análisis de las similitudes (y diferencias) entre los diversos casos. Esto puede entenderse como una respuesta a cuestiones que ahora no

se discuten pero que en algún momento fueron objeto de álgidos debates entre posturas que se inscribían en la posibilidad del estudio a partir de la comparación entre el Holocausto con otros casos, los estudios sobre el Holocausto, los estudios sobre el genocidio y el Holocausto y los estudios sobre el genocidio. En todo caso, hace algunos años que se descartó el uso del adjetivo “comparativo”, quizás debido al reconocimiento de lo amplio del campo que, en cierta medida, subsume, además de al análisis comparativo, a los diversos estudios de casos específicos de genocidio y a los debates teóricos que no abordan casos particulares.

La mención a la historia de los “grandes hombres” supone un primer punto para el análisis. Se trata del interés reciente y cada vez mayor por la obra y vida de Raphael Lemkin. Volver a examinar su obra como fuente de numerosas e interesantes ideas, así como de aquellas que todavía no se trataron o que incluso se soslayaron, resulta de utilidad para el campo así como también la publicación de artículos que, hasta el momento, quedaron restringidos a un grupo selecto de investigadores. No obstante, la cultura que crece alrededor de Lemkin se podría denominar “fundamentalismo de Lemkin”, dado que ciertos actos dentro del campo académico encuentran su justificación en una apelación a la autoridad de Lemkin (a esto o aquello es a lo que *en realidad* aludía con el concepto de genocidio) en vez de basarse en los propios méritos de las posturas mismas. Cabe reconocer y celebrar la modestia del respetuoso reconocimiento de que aquellas ideas que aparentan ser nuevas fueron anticipadas por Lemkin. De hecho, en las propuestas de brillantes

investigadores esto lleva a rastrear en la historia de los estudios sobre genocidio y a revivir líneas de pensamiento que quedaron trucas frente a la centralidad de un camino en particular (por ejemplo, el abordaje jurídico del genocidio, la subestimación de los procesos estructurales<sup>1</sup> y el casi exclusivo énfasis en las matanzas<sup>2</sup>). Sin embargo, el desmedido énfasis en Lemkin acarrea el riesgo de sofocar la emergencia de nuevas posibilidades que él no anticipó. En general, no se identifica este problema dado que la misma noción de genocidio se considera como un universal estático, que no muta en el tiempo ni en el espacio, del mismo modo que Platón concebía la “Virtud”, la “Justicia”, entre otros. El genocidio, no obstante, no es un objeto natural; se trata de un conjunto histórico de hechos o procesos agrupados en un término común, definido en relación con un conjunto de características compartidas, de acuerdo con perspectivas éticas que prevalecen en un punto específico de la historia, de particular importancia, pero en algunos casos también, o en vez de lo anterior, el fundamento es el linaje histórico o determinados elementos que sirven para reunir casos particulares. Lemkin solo contaba con datos de hechos anteriores a 1944 al momento de acuñar el término. Si bien cabe reconocerlo por su aguda mirada acerca de las características de los procesos genocidas, esta perspectiva estaba restringida, dado que estaba situada en un momento particular de la historia. Del mismo modo en que un teórico del mundo antiguo habría tenido una concepción diferente de genocidio –no podemos afirmar que fuera más limitada dado que podría incluir matices y facetas que no serían visibles luego– a la

<sup>1</sup> Criticados, por ejemplo, en la literatura sobre colonialismo y genocidio (como en A. Dirk Moses) y en muchos paneles y debates durante la jornada “Conflict, Memory, and Reconciliation: Bridging Past, Present, and Future” en Kigali, Ruanda, 10 al 13 de enero. Las jornadas fueron organizadas por la *School for International Training* (EE.UU.) junto con el *Center for Conflict Management* de la Universidad Nacional de Ruanda.

<sup>2</sup> Acerca de las limitaciones de la noción de genocidio restringida a las matanzas, ver Donna-Lee Frieze, “Cycles of Genocide, Stories of Denial: Atom Egoyan’s *Ararat*”, *Genocide Studies and Prevention* 3,2 (2008): 243–62, <http://dx.doi.org/10.3138/gsp.3.2.243>.

que definió Lemkin, este también tendría en el presente una concepción y definición distinta de la que creó hace setenta años. De hecho, en relación directa con la atención recibida en todo el mundo y desde los ámbitos jurídico, mediático y público, el concepto y las prácticas genocidas se modificaron de modo particular, lo que demuestra el conocimiento de los perpetradores acerca de los que fundamenta una intervención y el enjuiciamiento. Algunos de los abordajes sobre el genocidio parecen, de hecho, modificados para evitar dar lugar a las pruebas más evidentes que dan cuenta de un genocidio. Por ejemplo, el uso generalizado de la violencia sexual sistemática como herramienta para el desplazamiento/asentamiento étnico, la destrucción de comunidades y la dispersión genocida de las fuerzas serbias en Bosnia-Herzegovina, junto con la menor incidencia de los asesinatos directos en comparación con casos similares, todo ello indica una transformación planeada o inconsciente sobre los abordajes típicos del genocidio a fin de disminuir las probabilidades de que suceda una intervención internacional. Este cambio fue exitoso dado que, a pesar de contar con pruebas de decenas de miles de víctimas de violaciones sexuales (cada una violada no decenas sino cientos de veces) a lo largo de los años, no fue hasta que se perpetraron los asesinatos directos de cientos de varones y niños en Srebrenica que la comunidad internacional decidió tomar medidas concretas.<sup>3</sup>

Por lo anterior resulta vital evitar retomar la obra de Lemkin sobre el genocidio y su perspectiva de estudio y de la prevención en tanto autoridad por haber acuñado el término “genocidio” y por haber sido el primero en construir una reflexión sistemática y relevante sobre el fenómeno. En vez de ello, su trabajo debería ser reconocido como fuente de herramientas

*potencialmente* importantes, que quizás no fueron empleadas con anterioridad, para comprender y prevenir el genocidio. Estas herramientas están disponibles para investigadores y legisladores pero es necesario evaluar su utilidad en relación con las diversas formas que adoptan los genocidios y los aportes realizados sobre su estudio en los cincuenta años tras el fallecimiento de Lemkin. Las ideas que podemos tomar de la obra de Lemkin son válidas en la medida en que aporten al desarrollo de los estudios sobre el genocidio de un modo significativo *en el presente* y se debería evitar otorgarle autoridad solo por el estatus de su creador, dado que esto último podría conducir al campo de estudios a un retroceso. En vistas de que el fenómeno del genocidio es complejo y cambiante, no es posible analizarlo con un marco reduccionista, evaluable, universal y fijo. En consecuencia, las dificultades de la investigación residen en aquellos problemas que no podemos rastrear en el presente pero que podrían encontrar una solución en el futuro si damos tiempo al desarrollo de nuevas investigaciones en vez de recurrir a la autoridad como una especie de fe para completar aquellos vacíos de nuestra comprensión. Esto último puede conducir a un debilitamiento en nuestro entendimiento sobre el genocidio y a perspectivas deficientes con consecuencias prácticas en la prevención del genocidio.

Evitar los posibles riesgos que conlleva apoyarse de manera acrítica en la propuesta de Lemkin y, en vez de ello, tomarlo desde una dimensión histórica de manera exclusiva, permite identificar la existencia del “fetichismo de Lemkin”. Un claro ejemplo es el uso periodístico que le dio Samantha Power a Lemkin como atractivo –es decir, como dispositivo retórico e incluso propagandístico– para llamar la atención, e inclusive manipular, a los lectores para que desarrollaran un tipo

<sup>3</sup> Ver Theriault, “Genocidal Mutation and the Challenge of Definition”, *Metaphilosophy* 41,4 (2010): 481–525, 487–8.

específico de compromiso con el tema.<sup>4</sup> No hay dudas de que Lemkin se merece el reconocimiento por acuñar el término “genocidio” y por haber fundado los estudios sobre genocidio, además de haber sido una destacable persona, con quien estamos en deuda. No obstante, poner el foco en él como la única figura en la historia del prolongado proceso de desarrollo del concepto de genocidio entre la noción más general de derechos humanos habilita una fetichización del valor de Lemkin que soslaya una historia más rica que incluye hechos como el uso de Morgenthau del término “exterminación racial”,<sup>5</sup> el argumento ético de Rousseau en contra del genocidio e incluso la obra de Tucídides acerca del genocidio de Melos.<sup>6</sup>

En segundo lugar, otra cuestión dentro del círculo de los estudios sobre genocidio, en el presente, es un acento exagerado o una imposición politizada de un modo particular de distinción entre “teoría y práctica”. Es evidente que es posible emprender un trabajo teórico –como definir el genocidio– sin prestar atención a los supuestos prácticos de la investigación así como también lo es emprender un trabajo concreto –como en un campo de refugiados de un genocidio– sin intención de teorizar acerca de las fuerzas que explican el contexto en el que se realizan las tareas concretas. No obstante, en relación con el conjunto de investigadores, activistas y legisladores, los supuestos prácticos quedan implícitos en la obra teórica y el trabajo concreto exige una teorización. En consecuencia, el frecuente rechazo de los aportes académicos por legisladores y empleados de organizaciones no gubernamentales (ONG) entre otros, esconde que dichos funcionarios

ya piensan estas problemáticas dentro de ciertos marcos teóricos. Simplemente se trata de que los desconocen. La elección del abordaje para el trabajo con refugiados es, en general, una decisión cargada de elementos ideológicos, mientras que quienes implementan las medidas solo se enfocan en las “realidades políticas” y rechazan cuestiones éticas a la vez que, en realidad, se encuentran inmersos ellos mismos en una teoría ética (que, en muchos casos, resulta problemática y dañina) –como privilegiar los intereses prácticos por sobre otras cuestiones, como los derechos básicos y la dignidad de los seres humanos–. Las tareas realizadas “en el campo” están mediadas por estructuras ideológicas arraigadas en el pensamiento, en las prácticas institucionales y en las estructuras; tendencias y fuerzas geopolíticas que sustentan estas instituciones y a los individuos que operan en ellas; actitudes profesionales y organizacionales, juegos del lenguaje, límites, puntos débiles, entre otros –es decir, mediaciones de estructuras mentales en gran medida distantes del “campo” justamente porque evitan la interacción directa con los hechos que se despliegan en el campo y en sus propios términos–.

Las críticas a estudiosos activistas son, por un lado, adecuadas pero, por el otro, erradas. Resulta pertinente llamar la atención sobre el carácter politizado del campo académico que estudia el genocidio pero parece errado proponer una alternativa de una academia pura, despolitizada y “objetiva”. En relación con lo primero, es claro el potencial para aprovechar, explotar o manchar los estudios sobre el genocidio con determinadas agendas políticas o para su provecho. A modo de

<sup>4</sup> Samantha Power, *A Problem from Hell: American and the Age of Genocide* (New York: Basic Books, 2002), 17–78. [N. del T.: para la traducción al español del libro de Samantha Power, ver Samantha Power, *Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2005)].

<sup>5</sup> Embajador estadounidense, Constantino, al Secretario de Estado, Washington, Telegrama 858, 16 de julio, 1 pm, en *United States Official Records on the Armenian Genocide, 1915-1917*, compilado por Ara Sarafian (Princeton, NJ: Gomidas Institute, 2004), 55.

<sup>6</sup> Ver, por ejemplo, Henry Theriault, “Plato, Rousseau, and Western Philosophy’s Anti-Genocidal Strain”, en *Metacide: In the Pursuit of Excellence* (New York: Rodopi, 2010), 193–210.

ilustración encontramos que quienes ejercen presión para aumentar los gastos de Estados Unidos en la cuestión militar citan la “responsabilidad de proteger” como imperativo moral que exige una ampliación en la capacidad militar estadounidense para las operaciones de protección de civiles, que en la práctica funcionan como parte de una agenda expansionista más amplia de Estados Unidos. Es más, existen poderosos intereses involucrados en universidades y varias ONG. En los Estados Unidos, el financiamiento del Departamento de Defensa destinado a los más variados programas es desenfrenado mientras que la influencia aparentemente exculpatoria ejercida por las poderosas élites políticas de Estados Unidos sobre las representaciones de los genocidios ruandés y armenio que aparece en el informe de Albright-Cohen sugiere que existen profundos problemas en el Instituto de Paz de los Estados Unidos (USIP).<sup>7</sup> Quizás el peligro más grave hoy en día sea la creciente militarización de los estudios sobre genocidio. Por medio de mecanismos como *Mass Atrocity Response Operations: A Military Planning Handbook*,<sup>8</sup> los investigadores que analizan la violencia en masa se ven empujados hasta caer en la órbita del ejército estadounidense. El aprendizaje que dejó la invasión de Estados Unidos en Irak, justificada en parte por cuestiones humanitarias –tal como la invasión en Afganistán, por ejemplo, cuyo objetivo era liberar a las mujeres y a las niñas del opresivo yugo de los talibanes–, es claro: los derechos humanos y el discurso en contra del genocidio gana cada vez más espacio en la esfera pública así como también obtiene legitimidad moral, y por ello resul-

ta más adecuado como pantalla retórica tras la cual aparece la búsqueda de otras agendas menos loables. Tal como sucedió con Lemkin, el trabajo de Samantha Power al respecto de lo anterior resultó tan problemático como efectivo. Su libro *Problema infernal* es, de hecho, una extensa polémica diseñada para convencer a los miembros del público estadounidense de que la violencia militar es, con frecuencia, la única respuesta correcta y efectiva al problema del genocidio. Esto se basa en una comprensión fuertemente selectiva e ideológicamente contaminada del ejército de Estados Unidos y de su relación histórica con el genocidio y otras violaciones a los derechos humanos en aquel país tanto como en el contexto internacional.<sup>9</sup> No pocos estudiosos del genocidio parecen haber aceptado esta perspectiva, al punto en el que la disciplina parece adoptar por momentos una línea dura. Si bien resulta poco razonable descartar *a priori* una intervención militar, también lo es descartar otras vías, en especial las vías de una profunda prevención. Volveremos a esto al final del artículo. Baste por ahora afirmar que cada uno de los aspectos de la relación entre el campo de los estudios sobre el genocidio y las instituciones militares y todos los elementos conceptuales de la militarización deben quedar sujetos a constantes análisis críticos. A su vez, los investigadores deben tener la valentía de indicar la militarización inadecuada de la disciplina a pesar del militarismo que prevalece en muchos países a nivel mundial y, en especial, en los Estados Unidos. Los estudiosos deben tener presente que cuanto más vinculada esté la disciplina a los intereses militares, menos podrá

<sup>7</sup> Ver Henry Theriault, “The Albright-Cohen Report: From Realpolitik Fantasy to Realist Ethics”, *Genocide Studies and Prevention* 4,2 (2009): 201–10, <http://dx.doi.org/10.3138/gsp.4.2.201>. Para el informe completo, ver Madeleine K. Albright and William S. Cohen, *Preventing Genocide: A Blueprint for U.S. Policymakers* (Washington, DC: Genocide Prevention Task Force, 2008).

<sup>8</sup> Sarah Sewall, Dwight Raymond and Sally Chin, *MARO: Mass Atrocity Response Operations: A Military Planning Handbook* (Cambridge, MA: Harvard University, 2010).

<sup>9</sup> Ver Colin Tatz, “Genocide Studies: An Australian Perspective”, *Genocide Studies and Prevention* 6,3 (2011): 232–45, <http://dx.doi.org/10.3138/gsp.6.3.232>, 236; y Henry C. Theriault, “The MARO Handbook: New Possibilities or the Same Old Militarism?”, *Genocide Studies and Prevention* 6,1 (2011): 7–31, <http://dx.doi.org/10.3138/gsp.6.1.7>, 25–6.

imponer un freno sobre las violaciones militares a los derechos humanos. Incluso en casos que involucran a las fuerzas internacionales de mantenimiento de la paz, las violaciones son conocidas.<sup>10</sup> La militarización de los estudios sobre genocidio conduce a integrar un potencial nexo antagónico en contra de la militarización y las violaciones a los derechos humanos más generales con el sistema que viola los derechos humanos, por lo que pierde su capacidad crítica y la posibilidad de convertirse en una fuerza de resistencia frente a las raíces del genocidio, más allá de cuánto se oponga o lamente los efectos del genocidio.

La responsabilidad de los estudiosos es evaluar de manera constante los usos y abusos de la investigación académica y de la enseñanza así como también los poderes e intereses en juego en las universidades y ONG a fin de aclarar las dimensiones ideológicas de todos los investigadores del campo. Esto no supone afirmar que existe algo como una “academia pura” opuesta a las diversas agendas e intereses que, de dos maneras, irrumpieron en la academia y/o se apropiaron de sus actividades. En primer lugar, más allá de las intenciones de los estudiosos, sus trabajos se ubican y reciben la influencia del contexto social y político. Todo debate de cualquier aspecto del genocidio comporta, por lo menos, algún efecto potencial en lo político, dado que puede ser utilizado como justificación de una serie de acciones u omisiones. En segundo lugar, el “desinterés” ético y político del investigador nos lleva a formular la pregunta sobre los motivos detrás de la investigación. Aquellos que abogan por la noción de “desinterés” en la academia con frecuencia se interesan en su propio estatus en el campo. Sí tienen una agenda aunque no una de carácter político y general al servicio de otros; persiguen los intereses de sus carreras a fin de destacarse entre

sus pares y en la comunidad más amplia. Esto no tiene nada negativo en sí y puede conducir a grandes logros académicos con utilidad para lo social. Pero es falso sostener que esos académicos son “desinteresados”. Además, en muchas ocasiones las agendas personales minan el potencial de utilidad social de las actividades intelectuales por suponer un foco exclusivo en el beneficio y crecimiento propios. Esto trae a colación la cuestión de la objetividad de los intelectuales que valoran las ideas “originales” en desmedro de su exactitud. La academia se convierte así en una máquina industrial dedicada a la producción de ideas “nuevas” que se valoran en relación no con la posibilidad de salvar vidas sino por la medida en que representan diferencias con el estado del arte. En estos casos, las críticas entre estudiosos no se basan en un compromiso intelectual y social sino que se deben a un intento de demostrar la propia superioridad —es decir, de ofrecer ideas superiores a las criticadas en virtud de que se construyeron después—. Si bien las ideas nuevas son la fuente vital de la investigación académica, esto se debe a que ofrecen una comprensión renovada y más precisa. La novedad y la crítica por sí mismas o como una demostración de poder tienen valor de manera casual, si es que lo tienen. Este problema puede ser caracterizado como un tipo cínico de estetización del campo de los estudios sobre genocidio, una tendencia presente en la academia en general. El objetivo de la actividad artística es la originalidad, lo que resulta adecuado para esta esfera de lo humano. Pero en el reino de lo académico, y en especial en las áreas con vínculos ineludibles con lo social, político, económico y cultural, la innovación posee un lazo inherente con cuestiones epistemológicas y éticas: ¿innovar nos acerca a una mejorada comprensión y prevención? Lejos de devaluar a los estudios sobre el

<sup>10</sup> Ver, por ejemplo, Sarah Elizabeth Mendelson, *Barracks and Brothels: Peacekeepers and Human Trafficking in the Balkans* (Washington, DC: Center for Strategic and International Studies, 2005).

genocidio, este vínculo entre diversos criterios representa un estándar alto para la evaluación de investigaciones dignas de este objeto de estudio. Cabe mencionar que, de modo similar, muchos investigadores de las ciencias naturales, en especial en una era de desenfrenado cambio climático, manipulación genética y sencillos trasplantes de órganos, entre muchos otros elementos, tienen en consideración cuestiones éticas como elementos esenciales de la investigación científica.

En última instancia, no se trata de que un investigador siga una agenda y otro no –todos lo hacen– sino de qué agenda se trata y de cómo se la puede evaluar desde la dimensión ética.<sup>11</sup> Desde esta perspectiva, la postura en contra del activismo se basa en el principio de que el interés individual tiene más valor que los intereses enfocados en otras cuestiones. Es claro que estos intereses “enfocados en otras cuestiones” incluyen las causas más terribles, como en el nazismo, cuando se fomentaba la “raza maestra aria”, aunque del mismo modo se puede tratar de la motivación de liberar de la opresión a otros. No existe posibilidad de elección *a priori* entre una academia “desinteresada” (léase: con el interés puesto en sí misma) o “interesada”: los intelectuales responsables deben decidir en relación con cada trabajo si la agenda detrás de este socava el valor de una investigación que busca una mayor comprensión de un problema particular en contexto –y quizás, un modo de intervenir, lo que no se descarta–.

Así como algunos investigadores fueron criticados por sus posturas “activistas”; de manera reciente, los grupos de víctimas involucrados en tareas políticas recibieron un rechazo similar. No deja de ser positivo que exista la posibilidad de abrir un debate sobre ciertos usos utilitarios de las historias sobre el genocidio y el

sufrimiento de las víctimas. No obstante, muchos de esos investigadores que defienden la indiferencia objetiva extienden, sin ningún resguardo, las críticas a todo el accionar político de las víctimas durante el posgenocidio y etiquetan este abordaje con el término peyorativo de “políticas de la memoria”. El argumento típico de esta crítica busca plantear que cualquier accionar político de las víctimas que desafíe el *statu quo* del posgenocidio, que insista en señalar el daño que continúan infligiendo los perpetradores y que proponga que el grupo perpetrador otorgue reparaciones –lo que reivindica categorías básicas como las de “perpetrador” y “víctima”–, se sustenta en una representación errónea o por lo menos selectiva de narrativas de la historia del genocidio que persiguen un fin político de ese momento. Si bien ello puede ser correcto en algunos casos, la posibilidad abstracta de que sea de ese modo se asume, de manera injustificada, como verdadera para todos los casos concretos.

Es más, el hecho de que el grupo de víctimas persiga un interés no es necesariamente negativo, resulta positivo si el interés es positivo. En el caso de que el interés sea perseguir una justicia verdadera, basada en un concepto de justicia que no privilegia a un grupo de víctimas por sobre otros grupos y a las víctimas individuales por sobre otros individuos –lo que incluye a los miembros del grupo de perpetradores que no son responsables por los daños que se cometen–, en ese caso, rechazar este propósito se traduce en privar a las víctimas de la opción de mitigar los daños infligidos por el genocidio y, de ese modo, hacer del mundo un lugar mejor de un modo justo y apropiado. Concordamos con el hecho de que en un mundo verdaderamente justo no tendrían que ser las víctimas las obligadas a miti-

<sup>11</sup> Esta postura no deriva directamente de la propuesta de Stanley Fish pero debe sus lineamientos generales al tratamiento que propone para la cultura institucional en “There’s No Such Thing as Free Speech, and It’s a Good Thing Too”, en David Theo Goldberg (ed.), *Ethical Theory and Social Issues: Historical Texts and Contemporary Readings*, 2da ed. (Orlando: Harcourt Brace, 1995), 366–77.

gar los efectos del genocidio. Sin embargo, con frecuencia la indiferencia de la comunidad internacional y la resistencia opuesta por los grupos de perpetradores para tomar la iniciativa de reparar los daños sufridos por las víctimas supone que sean estos últimos grupos los que terminen por cargar con ese lastre.

En relación con esta tendencia, podemos observar un conjunto de cuestiones. Tal como se sostuvo sobre el genocidio y otras situaciones opresivas, solo las víctimas débiles, dependientes y deferentes son consideradas las verdaderas víctimas. Cuando las víctimas demuestran poseer una voluntad independiente, en especial en modos que chocan con las agendas o intereses de los estudiosos, del gobierno o de grupos no gubernamentales que se abocan a su ayuda, se menosprecia su accionar.<sup>12</sup> Pero esta es una cuestión de poder. Las víctimas, en una dimensión objetiva, tienen poco poder, precisamente por el *objetivo* del genocidio de destruir y degradar sus estructuras y capacidades políticas, económicas, culturales, sociales, familiares, entre otras. La manera más evidente en que sucede esto es la capacidad del perpetrador y de las posteriores generaciones de negar el genocidio así como de conservar y extender los beneficios que de ello se deriva (en forma de ocupación de territorios, expropiación de riquezas, poder político, legitimidad, sentimiento de superioridad, etc.). Esto también estructura la relación entre las víctimas y quienes las auxilian, que finalmente constituye, tal como la anterior, una relación de poder. Mientras que ciertos "auxiliares" están al tanto de lo anterior y actúan de manera consciente o implícita en modos que no explotan el diferencial de poder sino que

incluso lo mitigan, muchos de ellos hacen lo contrario. De hecho, se sostuvo que este tipo de poder es característico, por ejemplo, de las campañas por el desarrollo de organismos internacionales no gubernamentales del hemisferio norte. Además, un somero análisis de las relaciones entre terceros y los perpetradores y las víctimas revela una tendencia a un trato mucho más deferente con los primeros que con las segundas. Como modo de ejercicio del poder, el accionar y las actitudes de las víctimas quedan sujetas a un exhaustivo escrutinio, mientras que el negacionismo del perpetrador se suele tolerar en tanto comportamiento esperable, "libertad de expresión", entre otros.

Lo anterior queda en evidencia en los enfoques recientes acerca de la supuesta predisposición de las víctimas a convertirse posteriormente en perpetradores, en lo que se denominó "ciclos de violencia".<sup>13</sup> No hay duda de que algunas víctimas se convierten en perpetradores. Sin embargo, esto no significa que las víctimas en general son más susceptibles a perpetrar actos violentos que otros grupos que no se constituyen de víctimas. La pregunta por formular no es si algunas víctimas se convierten en perpetradores sino si los efectos de ello son más fuertes entre las víctimas que entre grupos que no lo son. Desconozco estudios que aborden este tema, que sí se investigó para delitos individuales.<sup>14</sup> No obstante, un recuento informal de los casos de genocidio en los últimos siglos indica que no existe una diferencia marcada en una u otra dirección. La realidad demuestra que algunos grupos de víctimas perpetraron genocidios porque algunos grupos *en general* cometen los genocidios. Parece una prolongación perversa de la lógica de dominación

<sup>12</sup> Esto queda en evidencia cuando se desdénan los comentarios "nacionalistas" de miembros del grupo de víctimas y se emplean etiquetas similares.

<sup>13</sup> Se trata de una frase repetida en numerosos artículos y plenarios durante el taller internacional de *Universitair Centrum Sint-Ignatius Antwerpen*, "Preventing Genocide: Root Causes and Coping Strategies" (Universidad de Amberes, 24–25 de noviembre de 2011).

<sup>14</sup> Ver Hugo Adam Bedau, "Capital Punishment", en *Goldberg, Ethical Theory*, 505–14, 506.

del genocidio que las víctimas queden sujetas a un escrutinio desproporcionado y a una desaprobación anticipada *porque* sufrieron la perpetración de un genocidio. De este modo, pareciera que tienen que ser castigados por las culpas de los verdaderos perpetradores. Resulta intrigante que el vínculo más corriente entre el genocidio del pasado y del futuro no se haya abordado demasiado: la tendencia de genocidas a perpetrar nuevamente ese delito cuando estos grupos no se ven cuestionados u obligados a suprimir esos elementos establecidos. Nos referimos a los actos genocidas arraigados en fuerzas, actitudes y estructuras políticas, culturales, institucionales, militares, entre otras, o a los actos genocidas que instituyeron en la sociedad actitudes y estructuras militaristas y políticas que ejercen una influencia o reflejan el genocidio. Un ejemplo pertinente es el de los Estados Unidos y el modo en el que el genocidio de los nativos americanos constituía un elemento de lo militar, la cultura y la política del siglo XIX. No hay misterio en las razones por las cuales el mismo ejército cometió atrocidades en Vietnam (contra otros grupos indígenas) o tuvo una participación deliberada en los genocidios de Guatemala, Indonesia y Timor Oriental. Los perpetradores “seriales” de genocidios pasan desapercibidos del mismo modo en que lo hacía el genocidio que, antes de la propuesta de Lemkin, era entendido como delito individual.

La tendencia de las políticas de la memoria lleva a relegar las narrativas de las víctimas, incluso cuando es necesario realizar críticas porque simplifican las identidades de los grupos y la dinámica genocida, e igualarlas a las narrativas de los perpetradores en tanto tienen, en esencia, fallas y se vuelven reduccionistas. Es claro que ninguna “narrativa” sobre el genocidio queda exenta de algún tipo de reduccionismo, lo que resulta pertinente también para los relatos que enfatizan el carácter complejo y multifacético del conjunto de hechos considerados

como un genocidio a punto tal de que no hay “gran narrativa” que pueda abarcarlos, dado que estos relatos soslayan elementos aglutinantes y se enfocan de manera exclusiva en características fragmentarias de la información. Incluso los mejores aportes de la academia realizados en el pasado quedan sujetos a revisión en el presente. Pero lo que resulta más importante es comprender las condiciones de producción de las “narrativas” sobre el genocidio. La postura de las víctimas que comprenden la relación con los perpetradores como una tensión entre dos grupos discretos y definidos podría expresar su reacción en forma de prejuicio que excluye a figuras complejas dentro del grupo de las víctimas como también a miembros más progresistas del grupo de perpetradores. Pero es más probable –o al menos también lo es– que identifiquen la realidad concreta y material de la relación más allá de complejas retóricas y contracorrientes desdeñables. Después de todo, los efectos de un genocidio son una fuerte relación de dominación entre los perpetradores y las víctimas, tanto en términos de un crecimiento exponencial en la disparidad territorial, económica, política y militar como en la cuestión de la seguridad identitaria, el bienestar psicológico y médico, las estructuras familiares, el vigor de una cultura o incluso la supervivencia, entre otros puntos. Estos elementos son vitales para los miembros de ambos grupos, incluso para las generaciones posteriores al genocidio. A su vez, una amplia retórica progresista compartida por los miembros del grupo de perpetradores no aminora –de hecho, puede reforzar– los efectos devastadores del genocidio, todavía presentes, sobre las dimensiones material y psicosocial. Estos efectos no solo marginan a las víctimas en lo político, económico, militar, cultural y social en el largo plazo sino que además ello empeora con el tiempo, dado que las estructuras e instituciones sociales necesarias para el sostén del grupo fueron devastadas o suprimidas por com-

pleto durante el genocidio o como consecuencia de este. En ausencia de un sacrificio concreto de los perpetradores para mitigar los impactos aunque sea a modo de poner un alto a la erosión del grupo y apoyar su viabilidad en el largo plazo, las narrativas reduccionistas sobre esta relación y la historia capturan la realidad de los efectos concretos de la destrucción. La complejidad de ambos grupos y las contracorrientes que alberga cada uno de ellos (como la resistencia opuesta al genocidio por algunos miembros dentro del grupo de perpetradores o las actitudes perjudiciales que las víctimas desplegaban en contra de los perpetradores) no tienen efectos significativos sobre el proceso general de la destrucción del grupo. Es cierto que lo que se conceptualiza como un “genocidio” consistente puede verse como una multiplicidad de actos distribuidos en el tiempo y en el espacio que pueden haber sido organizados en relación con una intención formulada desde una etapa temprana, o no, y por agentes que pueden haber compartido esos objetivos o no. No obstante, la intención, en general, aparece con claridad en esos actos e incluso en los dichos de participantes clave y lo complejo del proceso no impide que los múltiples actos posean una relativa uniformidad y un efecto lineal sobre las víctimas.

Una noción matemática conocida nos puede ayudar a ilustrar este punto. Un conjunto de fuerzas puede incluir diversas fuerzas individuales que apuntan en diferentes direcciones con diversas magnitudes. Pero si los numerosos vectores dan una suma de vectores –es decir, un solo vector– con una magnitud y empuje suficiente dirigido contra la supervivencia del grupo de las víctimas, entonces es legítimo afirmar la existencia de un proceso genocida unificado en sus efectos. La analogía sobre la suma de los vectores es reduccionista porque presupone que existe un conjunto individual y claro de vectores unidireccionales y con magnitudes idénticas que son cuantificables.

Pero, en el caso del genocidio, los componentes que son los agentes, actos y afirmaciones individuales comportan motivos y efectos complejos. Por ello sería más preciso referirse a sumas de vectores de sumas de vectores e incluso estos componentes implican cierta complejidad, y así sucesivamente. Pero el modelo general es suficiente para sostener que la idea de que las narrativas unificadas sobre genocidios específicos son en esencia imprecisas es válida solo para narrativas que constituyen falacias simplificadas como en aquellas según las cuales un efecto de relativa consistencia se da con datos que conducen todos en la misma dirección –es decir, un grupo de perpetradores cuyas palabras y actos idénticos fluyen en la misma dirección, de manera uniforme en contra de las víctimas, sin contracorrientes o complejidades.

Correr el foco hacia lo complejo de los fenómenos en los estudios sobre genocidio refleja, quizás, un giro posmoderno que se aleja de la navaja de Occam. Una vez que prescindimos de la teoría de la verdad como correspondencia –es decir, que existen hechos en el mundo y, si existen relatos contradictorios sobre un aspecto de aquel, el verdadero es el que se corresponda de manera más precisa con los hechos– se recurre a la navaja de Occam. Esta última explica que entre teorías contradictorias basadas en los mismos datos, si se mantiene el resto de los elementos constantes, la explicación más simple es la mejor, es decir, es la “verdadera”. En la actualidad nos encontramos en un momento en que una explicación simple es en esencia errónea mientras que la verdad es siempre compleja, por lo que la explicación más compleja siempre es mejor que la simple, aun cuando no sea perfecta. Sin embargo, no existe un vínculo necesario entre la complejidad o simplicidad y la verdad; la verdad puede ser simple o compleja y las teorías complejas o simples pueden ambas ser falsas. Esto parece conducirnos de nuevo a la teoría de la verdad

como correspondencia, pero no se trata de ello: quienes se oponen a basarse en argumentos sobre la simplicidad o complejidad pueden sostener su perspectiva más allá del criterio (independiente) de veracidad utilizado. La valoración automática de la “complejidad” es, quizás, un reflejo de la autoridad cultural de la acumulación económica (típica del capitalismo) por la cual más es mejor –en este caso, más elementos en una explicación– y no tanto el resultado de una genuina investigación epistémica.

A su vez, vale la pena señalar las repercusiones del abordaje de las políticas de la memoria sobre contextos de posgenocidio con algunos de los abordajes negacionistas más sutiles y progresistas sobre violaciones en masa a los derechos humanos, lo que incluye a los genocidios. Tomemos en cuenta a Chizuko Ueno cuando desestimó las pruebas presentadas en el documental de Yoshiaki Yoshimi sobre la organización del gobierno japonés de un sistema de “mujeres de consuelo” con el argumento de que no existe “ninguna verdad histórica objetiva”<sup>15</sup> acerca del tema, ya que las distorsiones de los discursos de los exsoldados acerca del trato que recibieron de las mujeres de consuelo son igual de válidas que el propio testimonio de cualquier sobreviviente acerca de lo que ella misma experimentó. Este abordaje relativista frente a narrativas contradictorias no solo rechaza herramientas obvias para el análisis crítico, como la triangulación de múltiples fuentes históricas, sino que también evidencia un tipo vulgar de posmodernismo que contradice los trabajos de diversos

autores. Entre ellos aparecen Derrida, que reconoció de manera pública la existencia del Genocidio armenio a pesar de las narrativas negacionistas que proponían otra versión de los hechos; Foucault, que reconoció que los hechos brutos de la realidad existen; y Lyotard, conocido por sus reflexiones sobre el negacionismo del Holocausto.

Mientras que la obra de Ueno podría explicarse como resultado de una mirada inocente y de una incompetencia intelectual, un efecto más perturbador es el que causó el trabajo de Norman Itzkowitz, quien siempre negó que el destino sufrido por los armenios<sup>16</sup> bajo el Imperio Otomano constituyera genocidio. Hace más de diez años publicamos una crítica al método histórico de Itzkowitz,<sup>17</sup> que construyó junto con Vamik Volkan. El método se sustenta en el presupuesto de que todos los grupos poseen “traumas elegidos” que condicionan el modo en el que conciben sus historias y las de los grupos que los rodean. Mientras los grupos se concentran en estos traumas del pasado, no pueden vivir el presente para reconstruir las relaciones con otros grupos en un sentido positivo. Por ello, en el presente tanto los armenios como los turcos resaltan los traumas históricos en sus narrativas, en las que se describe a los miembros del grupo enfrentado como los “otros”<sup>18</sup> y en las que se incentiva el etnocentrismo nacionalista. Ambos grupos deberían resolver sus traumas. Claro que este abordaje, primero, iguala una falsificación negacionista –más allá de que crea en ello con sinceridad– con un relato histórico preciso

<sup>15</sup> Suzanne O'Brien, “Translator's Introduction”, en Yoshiaki Yoshimi, *Comfort Women: Sexual Slavery in the Japanese Military During World War II*, trad. Suzanne O'Brien (New York: Columbia UP, 2000), 1–21, 14. [N. del T.: para la versión traducida al español, ver Yoshiaki Yoshimi, *Esclavas sexuales. la esclavitud sexual durante el imperio japonés* (Barcelona: Ediciones B, 2012)].

<sup>16</sup> Esta discusión refleja el foco de Itzkowitz en la población armenia. Debemos tener en cuenta que las poblaciones asiria y griega también sufrieron el genocidio, en tanto constituyó un proceso abarcador del Imperio Otomano.

<sup>17</sup> Hank [sic] Theriault, “Universal Social Theory and the Denial of Genocide: Norman Itzkowitz Revisited”, *Journal of Genocide Research* 3,2 (junio de 2001): 241–56.

<sup>18</sup> El excesivo abuso de este término de Simone de Beauvoir puede constituir por sí solo el tema de un artículo. Ver De Beauvoir, *The Second Sex*, trad. H.M. Parshley (New York: Vintage, 1989). [N. del T.: para la versión traducida al español, ver De Beauvoir, *El segundo sexo* (Buenos Aires: Siglo veinte, 1987)].

y, segundo, pretende que las víctimas se despojen de las versiones precisas de la historia y que los perpetradores rechacen la falsificación: esto resulta en que la falsificación se impone porque la representación precisa de la historia se deja de lado o queda interrumpida frente a un negacionismo “suave” que, de todos modos, es la negación del genocidio. La preocupación central del artículo era el marco adoptado por Itzkowitz, que sin dudas es relativista histórico de un modo insostenible, y el interés del público en él dado que se presenta –tal como sucede en el repertorio de los negacionistas– como un ejemplo del ya comprobado método de pensamiento crítico, en este caso la sospecha toma como objeto todas las narrativas históricas a la luz de la política contemporánea. Si gran parte de la academia adoptara este modelo, las víctimas deberían aceptar la victimización en tanto deberían disminuir la presión ejercida sobre la responsabilidad del perpetrador e incluso ceder la capacidad de caracterizar de manera adecuada las experiencias aceptadas y divulgadas como ciertas. Dado que el discurso de las políticas de la memoria, hoy de moda en los estudios sobre genocidio y en otros ámbitos, incorporó este tipo de metodología, la temida tendencia discutida en el artículo más de diez años atrás se materializó.

El trabajo de Itzkowitz también anticipa otra moda pasajera dentro de la academia: el incierto uso y abuso del término “trauma”. En los estudios sobre genocidio, la resolución de conflictos y los estudios sobre la paz, y las disciplinas cercanas, el “trauma” se utiliza todo el tiempo para dar cuenta de cualquier sentimiento negativo de la subjetividad que responda a una causa externa o del pasado. Pero el trauma tiene un significado clínico preciso. Se trata de un estado extremo de la psicología caracterizado por elementos como la fijación en sucesos del pasado, la hipervigilancia y otros síntomas inducidos por una experiencia de

extrema violencia, victimización (como el abuso sexual infantil) o pérdida. En este sentido, el “trauma” no es un sentimiento sino el registro psicológico normal o esperable frente a un daño material extremo. Afirmar que los perpetradores, como los “turcos”, tienen un trauma histórico que deriva de la pérdida del imperio no tiene sentido o deforma el significado de “trauma” para referirse a algo como “cualquier sentimiento subjetivo negativo consecuencia de cualquier transformación histórica”. En ese caso, el cambio sería el debilitamiento drástico del estatus que pasa de constituirse por medio de la dominación imperial de los pueblos súbditos hacia una condición más igualitaria como elemento causal en el Genocidio de las minorías otomanas o la emergencia de una tensión entre el deseo de reafirmar la propia identidad del grupo y el conocimiento de que el grupo perpetró un enorme horror sobre una población numerosa. Pero a este tipo de implementación errónea del término se le adjudica la seriedad de la noción correcta de la psicología. De este modo, el falso trauma turco por la pérdida del imperio (en principio nadie tiene derecho a un imperio) o de un estado multicultural (¿quién tiene la culpa?) todavía aparece para otorgarles a los turcos el estatuto de víctimas golpeadas por la historia y cuyo bienestar psicológico está en peligro, por lo que la historia debe tomar recaudos como, por ejemplo, evitar mencionar el Genocidio turco otomano en contra de minorías de 1914-1923. Este artículo no se propone redactar una lista de fórmulas, pero si hay una que deseamos destacar es que los investigadores que estudian el genocidio comiencen a utilizar el término “trauma” con cuidado y precisión profesional en vez de implementarlo de manera vaga y poco precisa. Según entendemos, no se concibe como parte de los fundamentos de los conceptos contemporáneos de trauma, pero la distinción técnica entre “imagen-recuerdo” y “memoria pura” de Bergson puede resultar muy útil para lo

anterior.<sup>19</sup> El último término supone el regreso mediante la memoria a los estados físico y cerebral experimentados cuando se creó la memoria, mientras que la primera noción es un recuerdo no afectivo de la información que contiene un recuerdo determinado. Bergson sostiene que existen diferentes formas de la memoria que cumplen diversas funciones, tienen impactos distintos así como estatutos epistémicos variados; se trata de un concepto que se volvió opaco en medio de demasiados debates sobre las “políticas de la memoria” y el “trauma”.

Esta crítica del uso del “trauma” puede aparecer como un intento de determinar el discurso de los estudios sobre genocidio (y las áreas vinculadas con aquellos). Ese no es el objetivo. Por el contrario, un problema cada vez mayor dentro de los estudios sobre genocidio como empresa intelectual significativa, y no como mera trayectoria académica, es la creciente institucionalización, es decir, la organización en métodos y entidades académicas predecibles y con una relativa estabilidad. Por supuesto que la multiplicación de cursos, puestos académicos y otras posiciones similares vinculadas con el Holocausto, el Holocausto y el genocidio y con los centros dedicados al estudio sobre el genocidio supone diversos beneficios. Una de estas ventajas es la de asegurar una atención más amplia y consistente sobre el genocidio incentivada por la divulgación de trabajos académicos serios sobre el tema. Sin embargo, la institucionalización también conlleva aspectos negativos. Así pasa de ser un espacio dinámico y actualizado que desafía las ideas aceptadas y las estructuras académicas para volverse más rígido y autorregulado. La institucionalización de la academia no solo delimita la disciplina dentro de programas universitarios, financiamiento fijo y permanente, etc., sino

que además transforma la posición que ocupa la investigación, la enseñanza y el servicio realizado así como su originalidad. Incluso los trabajos “originales”, que pueden ser creativos y pueden proliferar, quedan dentro de una estructura institucionalizada que los organiza en línea con las trayectorias de la carrera académica más que con el cambio social y político. Los primeros investigadores que se abocaron al análisis del genocidio *no* eran en realidad estudiosos del genocidio. Se trataba de estudiosos del derecho, filósofos, psicólogos, historiadores, politólogos, antropólogos, sociólogos, críticos literarios, historiadores del arte, economistas, entre otros, que tomaron como objeto a la violencia en masa perpetrada de manera sistemática. Debido a que no conformaron un grupo con una identidad definida a lo largo del tiempo, se habilitó la fertilización cruzada que rindió potentes frutos. En general, eran la excepción en las disciplinas de pertenencia y no poseían una identidad de grupo académico. Así ocupaban una posición de desafío a los límites disciplinares por medio de genuinos intentos de construir teorías y análisis sobre diversos genocidios. Cada uno de los trabajos académicos sobre el genocidio requería de un esfuerzo por reafirmar el tema como objeto de estudio legítimo.

Décadas después, dejamos atrás un período en el que detentábamos un estatus vacilante entre el adentro y el afuera del grupo —es probable que sucediera durante la década de los años noventa del siglo XX y comienzos del siglo XXI— y ahora ocupamos un espacio en el que la disciplina cuenta con una identidad cada vez más definida (sin dudas en disputa) así como con puestos académicos vinculados a ello, revistas científicas, conferencias, organizaciones de membresía y centros. Los investigadores que toman como objeto el genocidio no crean su propio espacio sino

<sup>19</sup> Henri Bergson, *Matter and Memory*, trad. Nancy Margaret Paul and W. Scott Palmer (Mineola, NY: Dover, 2004). [N. del T.: para la versión en español, ver Henri Bergson, *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu* (Editorial Cactus, Buenos Aires, 2006)].

que se acomodan a las especializaciones y trayectorias preestablecidas así como a los programas de posgrado, las cátedras universitarias y las tradiciones o escuelas de la academia. Esta última se centra menos en formular nuevas ideas que en tomar posición en los lineamientos dados vinculados con posiciones formuladas previamente y en explotar las investigaciones realizadas por fuera de los estudios sobre genocidio para tomar ideas útiles que se puedan implementar para el tema del genocidio. Los patrocinadores, los gobiernos nacionales, los universitarios y los docentes condicionan a los investigadores mediante los caminos delineados para ingresar y para moverse dentro de la academia, incluso los jóvenes investigadores del genocidio se adaptan a lo anterior (dado que reciben ese aprendizaje por medio de las disciplinas de donde provienen). Los límites disciplinarios y los métodos mismos son impuestos y se constituyen en puntos de partida para los estudios sobre el genocidio (por ejemplo, al momento en que un investigador decide tomar un abordaje desde la “salud pública” o la “filosofía” para estudiar el genocidio).<sup>20</sup> Si bien no es desaconsejable utilizar las herramientas disponibles de determinadas disciplinas para comprender el genocidio –por el contrario, los estudios sobre el genocidio se benefician de la amplia variedad de disciplinas incluidas–, cuando el compromiso con la disciplina se convierte en prioridad de tal modo que la disciplina hace del ge-

nocidio su objeto de estudio (dado que es una tendencia o por otro motivo similar), el resultado es la articulación de los límites disciplinarios de un área de estudio y no una mejor comprensión del genocidio. El genocidio entendido mediante dicho marco se convierte en un constructo. Solo cuando la academia persigue objetivos, de modo que todos los usos de los métodos disciplinarios se definan en relación con las exigencias del propio objeto, los métodos pueden capturar con eficacia ese mismo objeto. Además, enfrentar a un objeto que opone resistencia para aprehenderlo con los conceptos disciplinares existentes y por medio de métodos previos puede abrir la posibilidad para dar con avances de la propia disciplina, pero la institucionalización tiende a evitar esto al extender la tradición hasta la simplificación del objeto para someterlo. Este desafío que todavía no ocurrió (pero debería) en nuestro propio campo de la filosofía, por ejemplo, consiste en la reexaminación de los métodos, estándares probatorios y conceptos de verdad del pensamiento crítico clásico y de la definición de nuevos elementos que puedan capear la profunda crisis epistemológica producida por la frecuente negación del genocidio. Esto resulta urgente en especial dado que el negacionismo distorsiona los métodos recibidos –tal como la duda metódica de Descartes y la crítica de la inferencia causal de Hume– a fin de socavar la verdad en vez de tratar de alcanzarla.

<sup>20</sup> Es probable que el “abordaje desde la filosofía”, por ejemplo, imponga una noción de genocidio que se deduce de una concepción restringida de la persona. Parte de la perspectiva “atómica individual” de la persona, de modo que los grupos son solo agregados de individuos y cabe tenerlos en cuenta en el caso en que supongan un beneficio para la identidad de los individuos (un sentimiento de pertenencia, el contexto social para el desarrollo personal, etc.). El daño que sufre el grupo, como un genocidio, se sostiene, supone daños que, en última instancia, se pueden reducir a daños individuales. Ver, por ejemplo, Stephen Winter, “On the Possibilities of Group Injury”, en Claudia Card and Armen T. Marsoobian (eds.), *Genocide's Aftermath: Responsibility and Repair* (Malden, MA: Blackwell, 2007), 111–31. En vez de buscar comprender el genocidio en sus propios términos y de construir una teoría de los grupos y de los individuos a partir del genocidio, este abordaje impone una creencia presupuesta sobre el genocidio y las fuerzas genocidas como objeto de estudio para que cumpla con las condiciones de esa creencia. Pero aquellos que estudian el genocidio reconocen, en todos los casos, que se trata de algo más que un conjunto de perjuicios individuales; en caso contrario, las leyes sobre el asesinato y otro tipo de violencia bastarían para luchar contra el genocidio. En los últimos años, el abordaje atómico individualista une el hecho de que la consciencia individual es el lugar donde se registra (en lo psicológico) el daño sufrido por el grupo con la verdadera esencia del daño, que destruye las estructuras grupales. El hecho de que los perjuicios queden solo registrados en la consciencia de individuos no significa que la realidad del daño afecte a los individuos en tanto tales nada más y que el grupo como tal no se vea dañado a la vez.

La seguridad que otorga la institucionalización conlleva beneficios pero, en última instancia, pone en riesgo el objetivo de los estudios sobre el genocidio a medida que la disciplina se convierte en una mera especialización académica que no presenta diferencias con los estudios sobre el comercio en la temprana modernidad en el océano Índico, la literatura alemana del siglo XVIII o los hábitos de apareamiento de la mosca de la fruta. El desprecio por los investigadores activistas (léase: aquellos que emprenden investigaciones académicas pero no cumplen con una prolija y tradicional función académica) demuestra lo avanzado que está el proceso de institucionalización y el poco tiempo que queda para realizar contribuciones significativas a la disciplina. La presión para la institucionalización y el consecuente debilitamiento de un verdadero movimiento intelectual a medida que se convierte en una disciplina académica es quizás inevitable. No obstante, es posible reconocer, resistir y atrasar ese proceso (una segunda fórmula).

Un signo de resistencia del movimiento original lo constituye el hecho de que todavía existen con frecuencia debates sobre principios relativos a cuestiones centrales, tales como la libertad de expresión y la negación, cuyos efectos exceden lo académico. Pero, al mismo tiempo, aparecen cada vez más estrategias dentro de las organizaciones, revistas científicas, entre otras, para el desarrollo de las bases del poder y la imposición de agendas e ideologías particulares (incluso algunas figuras de la primera generación participan de esto). La disciplina resulta más vital que otras zonas de la academia, sin dudas. No obstante, se asemeja cada vez

más al resto de las disciplinas en tanto la dinámica de poder académica bajo una cobertura retórica da lugar a debates supuestamente académicos.

Otro signo de salud es el trabajo de figuras como Herb Hirsch y Alex Alvarez, quienes cuestionan si en el futuro necesitaremos repensar las nociones a las que nos acostumbramos para conceptualizar la destrucción de los grupos, por ejemplo, mediante la identificación de los efectos genocidas del cambio climático que podría desplazar en importancia a formas previas del genocidio por medio del accionar militar.<sup>21</sup>

Una tendencia similar, encabezada por figuras como A. Dirk Moses, consiste en traspasar los límites del genocidio para ingresar en la tradicional esfera de la teoría poscolonial, tal como discutimos antes. Si bien no es novedad que se nieguen los genocidios de los pueblos indígenas de América del Norte y del Sur, de Australia así como en otros lugares, la incorporación de la teoría poscolonial es relevante porque permite responder al negacionismo por medio de un análisis estructural que identifica características del colonialismo y/o del imperialismo que, en general, conducen a un genocidio. Seguimos el análisis de Ward Churchill acerca de elementos como las enfermedades y la hambruna que se presentan como consecuencias no buscadas del contacto entre europeos e indígenas americanos que llevaron a un drástico colapso demográfico de estos últimos. Churchill expuso la intención detrás de políticas que, por ejemplo, crearon las condiciones bajo las cuales se volvieron endémicas las enfermedades entre la población indígena.<sup>22</sup> Podemos ampliar el abordaje de Churchill

<sup>21</sup> Herb Hirsch, "The Genocide Prevention Task Force: Recycling People and Policy", *Genocide Studies and Prevention* 4,2 (2009): 153–4, <http://dx.doi.org/10.3138/gsp.4.2.153>, 154; y Alex Alvarez, "New Perspectives on What Causes Genocide" (artículo presentado ante la *International Association of Genocide Scholars, International Institute for Genocide and Human Rights Studies*, y *Editors of Genocide Studies and Prevention* que organizaron en conjunto el "Symposium on the Genocide Prevention Task Force Report", *Woodrow Wilson International Center for Scholars*, Washington, DC, 13 de marzo de 2009).

<sup>22</sup> Ward Churchill, *A Little Matter of Genocide: Holocaust and Denial in the Americas 1492 to the Present* (San Francisco: City Lights, 1997), en particular 137–46.

al sumar un punto lógico que está ausente en aquellos que afirman que no existió un genocidio en contra de los indígenas americanos. La historia medieval y de la modernidad temprana europea está repleta de epidemias con efectos demográficos devastadores. Si el contacto entre los europeos y los indígenas americanos no hubiera sido genocida sino la mera consecuencia de la transmisión de patógenos extraños de un grupo al otro –sin mediar la intención compleja de debilitar la resistencia de una de las poblaciones en cuestión– entonces se podría esperar que los patógenos circularan en ambas direcciones, aunque no fuera en la misma medida. Sin embargo, ¿dónde estaban las epidemias sufridas por europeos y causadas por los indígenas, al menos entre los colonizadores de América? ¿Por qué no se transmitieron a las poblaciones europeas cuando los viajeros regresaron?<sup>23</sup> La respuesta obvia es que la trayectoria de la enfermedad no se debía a un mero y azaroso intercambio de patógenos sino que respondió, tal como argumenta Churchill, a un contexto de guerra biológica directa y/o al debilitamiento de las poblaciones indígenas por otros medios como la imposición de las hambrunas, la destrucción de las fuentes de alimento, la destrucción física, el trauma psicológico y la destrucción familiar, etc.

Existen otros avances recientes en relación con la cuestión de la negación, por lo cual los investigadores del genocidio merecen recibir gran parte del crédito. Un ejemplo de negación es el caso del Genocidio armenio.<sup>24</sup> Por medio de campañas y organizaciones defensoras, es cada vez

menos sostenible, en la academia, proponer la negación del Genocidio armenio de 1915 a manos del Imperio Otomano (parte de un genocidio más amplio perpetrado contra grupos minoritarios otomanos, referido en la nota al pie anterior) aunque el centenario cumplido en 2015 y los años anteriores presenciaron un aumento en la publicación de comentarios negacionistas. Este debilitamiento empujó a individuos y organizaciones que sostienen que no existió el Genocidio armenio a sustraerse de los debates académicos para pasar a participar de juicios y ganar legitimidad para fortalecer sus opiniones. Esto incluye en los Estados Unidos el juicio que obliga a incorporar fuentes negacionistas en la lista de recursos recomendados para la educación en escuelas públicas en Massachusetts, el juicio en contra de la Universidad de Minnesota por el Centro de estudios sobre el Holocausto y el genocidio dado que identificaron como fuentes “poco confiables” a aquellas que rechazan la veracidad del Genocidio armenio,<sup>25</sup> así como la apelación del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de la condena en Suiza por la negación del Genocidio armenio realizada por Dogu Perinçek.<sup>26</sup> Esta táctica es elocuente de dos maneras. En primer lugar, prueba lo marginal del negacionismo en la academia. En segundo lugar, deja en evidencia que quienes afirman que el Genocidio armenio no ocurrió desplazaron la cuestión desde la academia hacia la esfera jurídica. Esto resulta interesante a la luz de la frecuencia con que se critica a los grupos armenios por “politizar” la cuestión y por no dejar a los historiadores ocuparse de la historia.

<sup>23</sup> Theriault, “Genocidal Mutation”, 505.

<sup>24</sup> Volvemos a mencionar que el foco en el negacionismo es sobre el caso armenio, aunque esto indica el éxito de la omisión de los casos asirio y griego.

<sup>25</sup> Ver “U.S. Supreme Court Rejects Massachusetts Genocide Denial Lawsuit”, *The Armenian Weekly*, 19 de enero de 2011, <http://www.armenianweekly.com/2011/01/19/u-s-supreme-court-rejects-massachusetts-genocide-denial-lawsuit/> (consultado 10 de febrero de 2012); y Scott Jaschik, “Suit Over ‘Unreliable’ Websites”, *Inside Higher Ed*, 1 de diciembre de 2010, <http://www.insidehighered.com/news/2010/12/01/minnesota#Comments> (consultado 10 de febrero de 2012).

<sup>26</sup> Para la versión en inglés del fallo *Perinçek vs Switzerland* (no. 27510/08), 17 de diciembre de 2013, Tribunal Europeo de Derechos Humanos, ver <http://hudoc.echr.coe.int/eng/?i=001-169004> (consultado el 17 de noviembre de 2016).

Por supuesto, existen dos peligros: (1) tal como se pensó para el caso Perinçek, dado que los tribunales no son inmunes a la realidad política y a las fuerzas que los rodean, estos casos pueden tener éxito y otorgar credenciales jurídicas al negacionismo, y (2) el abordaje jurídico puede funcionar para intimidar a aquellos que, de otro modo, se expresarían en contra del negacionismo. Si estos casos e intimidación triunfan en el largo plazo o si no lo hacen depende en parte del compromiso de los estudiosos del genocidio. El peligro más grande es que se empleará esta táctica una y otra vez en el futuro en contra de los investigadores del genocidio parte de una academia que refuta el negacionismo y establece la verdad acerca de otros genocidios, tales como la Masacre de Nankín, el genocidio en Guatemala, entre muchos otros, a pesar del precedente del fracaso del juicio iniciado por David Irving, quien negaba el Holocausto, en contra de la investigadora Deborah Lipstadt.<sup>27</sup>

Otro avance ocurrió a comienzos de la década de los años noventa del siglo XX con la intersección de la teoría feminista, en particular en relación con la violencia contra las mujeres, y los estudios sobre el genocidio, en base a los trabajos precedentes de Susan Brownmiller, que databan de veinte años atrás.<sup>28</sup> Los primeros trabajos, como el volumen editado por Alexandra Stiglmayer titulado *Mass Rape: The War against Women in Bosnia-Herzegovina*,<sup>29</sup> fueron pioneros en diversos sentidos. Este trabajo hizo converger la literatura acerca de la violación sexual u otro tipo de violencia contra la mujer, la pornografía y otras cuestiones vinculadas; la literatura sobre la militarización y la

violencia ejercida sobre las mujeres; y la naciente comprensión de los roles de las violaciones sexuales en los genocidios.

Identificar que la violencia sexual infligida a mujeres y niñas fue y sigue siendo constante en los conflictos militares así como en la violencia en masa perpetrada sobre un grupo; que tiene profundos efectos en las víctimas directas, dado que socava la capacidad para sobrevivir en el futuro; que las consecuencias en las víctimas directas reverberan en las comunidades, por ejemplo, como incentivar a dejar el territorio de pertenencia, lo que lleva a la dispersión y a la destrucción identitaria del grupo con efectos en muchas más personas y de un modo que ni siquiera producen los asesinatos directos de una parte del grupo; todos estos reconocimientos constituyen un avance importante en relación con la conceptualización del genocidio y de la violencia en masa contra las mujeres.

Podemos agregar otros elementos. En primer lugar, el sexismo de las comunidades que son víctimas de la violencia vuelve problemático y tenso el tratamiento de los sobrevivientes de violaciones sexuales. Este factor contribuye a la disolución del grupo a través de un medio que no son las matanzas. Por ello, dado este sexismo en dos niveles, la violencia sexual se convierte en una alternativa eficiente, en especial debido a que es más probable que los asesinatos directos reciban la condena e intervención extranjera mientras que se toleran en mayor medida las violaciones sexuales en la cotidianeidad de la mayoría de las sociedades, por lo que incluso las violaciones sexuales en masa dan lugar a respuestas más débiles.<sup>30</sup> Las matanzas

<sup>27</sup> N. del T.: para la versión en español de la sentencia de la causa *David John Cadwell Irving demandante y Penguin Books Limited y Deborah E. Lipstadt*, Tribunal Supremo de la Reina, 11 de abril de 2000, ver <http://www.nizkor.org/hweb/people/i/irving-david/judgment-00-00-sp.html> (consultado 17 de noviembre de 2016).

<sup>28</sup> Susan Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape* (New York, NY, USA: Fawcett Books, 1975), en particular pp. 78-85 y 140-152.

<sup>29</sup> Alexandra Stiglmayer (ed.), *Mass Rape: The War against Women in Bosnia-Herzegovina* (Lincoln, NE: U. of Nebraska P, 1994).

<sup>30</sup> Ver el punto anterior acerca de la intervención por las agresiones serbias en Bosnia solo tras la masacre de Srebrenica, a pesar de las violaciones sexuales en masa perpetradas por años.

unifican las posturas de una comunidad que las condena de manera palmaria pero la violación sexual fragmenta a la comunidad en diversas líneas. En segundo lugar, la violación sexual se puede infligir sobre la víctima una y otra vez. Genera daños graves en lo físico y en lo psicológico pero si el/los violador(es) lo decide(n) puede(n) preservar a la víctima para posteriores perjuicios. Tras asesinar a una persona, sin llegar a la mutilación del cuerpo (lo que sí ocurre en un modo sexualizado), no queda manera alguna de perpetuar el daño. El exceso de violencia típico del genocidio parece desembocar en algo más que lo que representa el asesinato directo. Es probable que ello explique la tortura gratuita tan presente durante las violaciones sexuales.

A comienzos del siglo XXI, sin embargo, el vínculo entre el genocidio, la violencia en masa y las mujeres se vio desplazado por el uso del término "generocidio" acuñado por Mary Anne Warren en tanto término neutral que da cuenta de una exterminación deliberada de personas de un sexo.<sup>31</sup> Por eso, con "generocidio" nos podemos referir tanto a la masacre de Srebrenica de miles de musulmanes bosnios, varones y niños, como a las violaciones sexuales de mujeres tutsi cometidas por perpetradores infectados con VIH durante el genocidio en Ruanda. El hecho de que se trate de un término sexual neutral, en contraposición con nociones previas como "femicidio", reviste una gran importancia, dado que los varones de la población son, en general, asesinados sin más y en un breve período. En algunos casos, la argumentación de que las mujeres adultas constituyen un porcentaje mayor de sobrevivientes que los varones adultos parte del grupo de víctimas,<sup>32</sup>

lo que indicaría que, al menos en algunos genocidios y en promedio, los varones "sufren más" que las mujeres.

En contraposición a los abordajes uniformes típicos de la academia en el pasado que trataban el tema del Holocausto y, hasta cierto punto, otros genocidios, hoy la comprensión académica, la prevención y el apoyo durante el posgenocidio valoran la identificación de diferentes métodos utilizados por los perpetradores para diversos segmentos de las poblaciones de víctimas, además de que estas últimas atraviesan el proceso genocida de distintas maneras. Las herramientas del generocidio posibilitan un análisis más matizado, preciso y complejo de genocidios específicos o de ese fenómeno en general. Si bien este abordaje complejiza una dimensión, también vuelve más confusos otros elementos del genocidio y resulta reductivo en otro sentido. Aborda la diferencia de género en un sentido mecánico y cuantitativo enfocado en las simples consecuencias en vez de en las profundas causas de las fuerzas y estructuras coyunturales. Es cierto que en algunos casos los varones son asesinados en masa mientras que las mujeres lo son de manera selectiva, pero ello no significa que el motivo detrás de esto sea el deseo de atacar varones solo por ser varones. Los centenares de miles de soldados armenios asesinados por el régimen de los Jóvenes turcos en los inicios del Genocidio armenio y los miles de musulmanes bosnios, varones y niños, matados en Srebrenica no fueron atacados porque los perpetradores tenían algún tipo de prejuicio sobre los varones.<sup>33</sup> Fueron asesinados por ser varones *armenios* o *musulmanes bosnios*, dado que el grupo al que pertenecían era el objeto general de la violencia. La dife-

<sup>31</sup> Ver Adam Jones, "Gendercide and Genocide", *Journal of Genocide Research* 2,2 (2000): 185–211.

<sup>32</sup> Ídem. La línea argumental general de la siguiente crítica y ciertos elementos clave aparecen bosquejados por Warren misma en respuesta al abuso posible del concepto de "generocidio" que obstaculizaría en vez de posibilitar la comprensión de la violencia en masa perpetrada por varones contra mujeres y niñas, tal como se presenta aquí. Ver Mary Anne Warren, *Gendercide: The Implications of Sex Selection* (Totowa, NJ: Rowman & Allanheld, 1985), 1–2.

<sup>33</sup> Seguimos al análisis sobre la "opresión" realizado por Marilyn Frye en *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory* (Freedom, CA: Crossing Press, 1983), 1–16.

renciación de los géneros fue un instrumental para debilitar al grupo al que se dirigía la violencia. Se buscó generar una destrucción más vasta o una dispersión nociva en vistas de la eliminación de la posible oposición de resistencia militar. De hecho, estos segmentos de la población fueron asesinados por la existencia de una jerarquía sexista en la que los *varones están por sobre las mujeres*. Es decir, los varones, a diferencia de las mujeres, eran considerados poderosos de por sí y capaces de organizar una oposición militar, y habían sido socializados para ello. El hecho de que en estas instancias el sexismo jugara en detrimento de algunos varones no significa que no fuera ejercido por otros varones más poderosos –nos referimos a los perpetradores del genocidio–. El abordaje neutral del generocidio confunde la correlación con el género –por ejemplo, en un caso dado, los varones son asesinados en una proporción mucho mayor– con la causalidad de género –que los varones son asesinados porque los perpetradores buscan matar varones debido a su masculinidad–.

La violación sexual (y con frecuencia posterior asesinato), la esclavitud sexual o la sujeción violenta vinculada con el género de las mujeres en el contexto del genocidio se perpetran contra ciertas mujeres por su identidad grupal étnica, religiosa, nacional, racial u otra. También es cierto que, por ejemplo, en la ex Yugoslavia las fuerzas serbias utilizaron la violación sexual de manera intencional como medio para completar la destrucción del grupo étnico-religioso al que se dirigía la violencia. No obstante, estos elementos no agotan las fuerzas causales que explican el uso de las violaciones sexuales. Por ejemplo, Matthias Bjørnlund sostuvo que la violencia sexual en masa perpetrada contra las mujeres y niñas armenias

durante las deportaciones fue el resultado de la eliminación de la represión que existe sobre la agresión sexual de los varones contra las mujeres y niñas y la efectiva creación de zonas en las que contaron con una completa libertad para cumplir con sus deseos y actitudes misóginas.<sup>34</sup> De más está decir que los varones no poseen en su naturaleza una energía sexual que necesitan descargar y que lo harán cuando tengan oportunidad de hacerlo o que lo llevarán a cabo por medio de una violación sexual si ven obstaculizados otros caminos para la descarga. Esta definición naturalista de la violación sexual y la exoneración de los varones que la practican es no solo insultante para los varones sino además muy problemática, dado que normaliza la violación sexual y la sustrae de toda evaluación moral. Por el contrario, los varones cometen violaciones sexuales en esos contextos por diversas razones que derivan de cuestiones sociales en todos los casos, desde la concepción construida socialmente de las mujeres como objetos inferiores hasta la presión de los pares o las órdenes militares. Detrás de todas estas razones existe una jerarquía fundamental pero socialmente construida por la cual se normaliza la dominación de la mujer y se la vincula con el placer. Dicho de otra manera, lo que da lugar a las violaciones sexuales no es la búsqueda de placer sexual sino el hecho de que la violencia adopta un carácter sexual. Para quienes cometen las violaciones sexuales el placer sexual orgánico se ve reemplazado por la “dominación como placer” y la gratificación sexual se deriva de la dominación y no de la interacción sexual mutua. Esto explica el motivo por el cual los varones que cometen violaciones sexuales y que pueden acceder al sexo por otros medios eligen la violación a pesar de ello.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Matthias Bjørnlund, “‘A Fate Worse than Dying’: Sexual Violence during the Armenian Genocide”, en Dagmar Herzog (ed.), *Brutality and Desire: War and Sexuality in Europe’s Twentieth Century* (Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2009), 16–58, 24–5.

<sup>35</sup> Ver, por ejemplo, Yoshimi, *Comfort Women*, 66–8.

La conclusión propone que para comprender las causas por las cuales las mujeres reciben ese trato en un genocidio, debemos incluir un análisis abarcador de los sistemas externos de la dominación de género, un aspecto clave del contexto estructural en el que se perpetra el genocidio en todos los casos. Las formas que adopta el genocidio y las actividades que se despliegan para perpetrarlo están, al menos hasta cierto punto y sin dudas en esta dimensión, determinadas por la cultura. Las mujeres y niñas fueron violadas sexualmente por ser chinas (Masacre de Nankín), bengalíes (Genocidio de Bangladesh), pero también porque eran mujeres. El hecho de ser mujeres es la razón principal y no complementaria o secundaria para este tipo de trato. En el genocidio, los varones nunca son víctimas por *ser varones* pero las mujeres se vuelven víctimas tanto por su identidad *como mujeres* como por ser miembros de un grupo identitario. Al respecto, resulta útil comprender que, en un contexto de desigualdad, un trato igualitario hacia todas las personas e indiferente frente a las diferencias en realidad refuerza o deja intacta la dominación de un grupo sobre el otro. Un trato neutral sobre el género, es decir, soslayar el contexto mundial –aunque varía de una cultura a la otra– de la jerarquía sexista en el que se suceden los actos de genocidio, oscurece

la verdadera naturaleza del trato recibido por mujeres y niñas. Es probable que esa no sea la intención de quienes adhieren al modelo del generocidio, aunque este abordaje repercutió en el movimiento de reacción antifeminista que emergió en la década de los ochenta y noventa del siglo XX en los Estados Unidos con la exigencia de prestar la misma atención al carácter de “víctima de los varones”.<sup>36</sup>

Una advertencia frente a estos puntos críticos. Tal como en el Holocausto, los varones homosexuales y bisexuales y las personas transgénero son objeto de una dura represión. De hecho, en el mundo actual, el prejuicio en contra de lesbianas/gays/bisexuales/transgénero (LGBT) se expresa de diversas maneras, incluidas leyes formales discriminatorias e incluso leyes punitivas que determinan sanciones legales en consonancia con dichos prejuicios. Esto se tolera en gran medida a pesar de que es probable que si este tipo de leyes tuvieran como objeto a las personas de una misma raza, género o religión se desatarían protestas masivas a nivel mundial. La represión y la violencia ejercidas sobre el colectivo LGBT en el contexto de un genocidio, o en otros marcos, se entiende como represión desde la perspectiva de la sexualidad dados los estrechos lazos entre las normas de género y la sexualidad.<sup>37</sup> Pero si varones gay o bisexuales se

<sup>36</sup> Un caso ocurrió en una mesa sobre la violencia contra las mujeres en los genocidios. Desde la audiencia, Geoff Hill destacó la relevancia de la violación sexual de varones y propuso que se trata de un problema apremiante dado que es marginal en los debates sobre violencia sexual. Estos soslayan los índices de comisión del delito (los datos estadísticos son pertinentes como en el caso de la caza de brujas, cuyo objeto también fueron los varones aunque en porcentajes menores, o el tema de la anorexia nerviosa, que también afecta a los varones del mismo modo aunque representan un porcentaje menor) y la vital dimensión estructural tratada en este artículo. Catherine A. MacKinnon escribió que se subestiman y se obstaculizan las campañas en contra del enorme problema que afecta a todo el mundo de los ataques sexuales sufridos por mujeres y niñas, por lo que, en consecuencia, se apoya la continuidad de esta violencia. Una de las maneras de hacerlo es mediante las críticas a los activistas y académicos por su “falta de neutralidad al soslayar los casos de violaciones sexuales de varones como otra emergencia comparable” (MacKinnon, “Rape, Genocide, and Women’s Human Rights”, en *Mass Rape*, 183–96, 186). Para comprender la escala de las violaciones sexuales sufridas por mujeres y niñas alcanza con partir de las alrededor de 200.000 mujeres “de consuelo” desde 1931 a 1945 para calcular cerca de 200.000.000 de actos de violaciones sexuales perpetrados contra ellas. La cifra impacta y supone que mil millones de violaciones sexuales se perpetraron en total durante la violenta Segunda Guerra Mundial. Esto conduce a una cuestión vinculada con lo anterior: debemos identificar por completo cada acto de violación sexual –y las violaciones colectivas incluyen numerosos actos– para que no tengamos que escribir más acerca de “mujeres violadas” (término problemático por otras razones también) sino sobre actos específicos de violación sexual. Un mero recuento de la cantidad de mujeres que sufrieron una violación sexual puede ocultar las verdaderas dimensiones de la violencia.

<sup>37</sup> Ver Robert John Ackermann, *Heterogeneities: Race, Gender, Class, Nation, and State* (Amherst, MA: U. of Massachusetts P, 1995), 53–78.

vuelven objeto de esta violencia también se debe reconocer la opresión como dirigida a un segmento de los varones en base a reglas de la identidad de género excluyentes del mismo modo que tomar como objeto de los daños a mujeres bisexuales y lesbianas y a personas transgénero debe entenderse como parte de la cuestión del sexismo. Esos varones se vuelven objeto de la violencia justamente porque transgredieron las normas del género, que son uno de los fundamentos de la jerarquía sexista, una violencia perpetrada en gran parte por varones que sustentan esa jerarquía.

La línea argumental anterior da cuenta de una perspectiva importante sobre la relación entre el genocidio y la violencia perpetrada contra las mujeres. La identificación de “la violación sexual como herramienta del genocidio” marca un avance relevante en la comprensión del genocidio y de la violación sexual, pero esta transformación no fue completa. También debemos reconocer que el genocidio puede ser una herramienta de la violación sexual, al menos para algunos perpetradores. No se trata solo de que el genocidio libera la agresión sexual masculina (socialmente construida) o que la sistematiza y organiza con un fin sino que la agresión sexual masculina puede ser un motivo para la participación en los efectos destructivos del genocidio. Podría ser inclusive un elemento general que incita al genocidio. ¿La violación sexual fue un elemento central de la agresión serbia porque el deseo de perpetrar las violaciones constituyó una causa de los daños infligidos? En todo caso, queda claro que cada vez la oportunidad de perpetrar una violación sexual es una motivación para algunas de las personas involucradas. Esto resulta cierto en especial en los casos en que lo que aquello que podría haber consistido en despliegues

militares o conquistas relativamente acotados se convirtió en destrucciones llenas de violencia, tal como en Bangladesh. En esos casos, la escalada en la dinámica pudo haber sido desatada, en parte, por un creciente deseo de perpetrar las violaciones sexuales en el lugar, reflejadas en las actitudes de aquellos que ocupaban posiciones de poder, que, además, aprobaban esos actos. Al menos si algunos de los perpetradores del genocidio participan de ello por la posibilidad de cometer una violación sexual, entonces en estos contextos el genocidio es una herramienta para la violación del mismo modo que la violación es una herramienta para el genocidio.<sup>38</sup> Los complejos modos en que se construye la masculinidad mediante el militarismo y la fuerte influencia de la violencia sexual dentro de la violencia militar confirman el hecho de que las sexualidades de los soldados jóvenes son en parte construidas en línea con la “hipermasculinidad”, el poder sexista por sobre las mujeres y, así, la afirmación de esta masculinidad se transforma en un fin en sí misma.<sup>39</sup>

Esta cuestión tiene otra cara también. A pesar de trabajos recientes acerca de la participación de mujeres en el genocidio, la gran mayoría de los perpetradores que ocupaban altas jerarquías así como los asesinos y violadores rasos son varones, del mismo modo que la propaganda y los mitos vigentes son masculinos de basarse en el género. Esto indica que la masculinidad tiene un rol en la perpetración, cuestión suprimida en los abordajes neutrales frente a la cuestión de género. Los varones concebidos como objeto de las amenazas militares son tratados como rivales masculinos en una dinámica machista que busca establecer la supremacía –es decir, la supermasculinidad– del grupo dominante. Incluso la violación sexual sufrida por varones se puede entender en función de la

<sup>38</sup> Henry Theriault, “Rape as a Tool of Genocide or Genocide as a Tool of Rape?” (artículo presentado en la *8th Biennial Conference of the International Association of Genocide Scholars*, George Mason University, Arlington, 8 de junio de 2009).

<sup>39</sup> Ver Ruth Seifert, “Rape: A Preliminary Analysis”, en Stiglmayer, *Mass Rape*, 54–72, 59–62.

dominación patriarcal de las mujeres, lo que va en línea con el análisis anterior. Lo *perpetran* en la mayoría de los casos *varones* y "feminiza" a las víctimas, es decir, rebaja su estatus al de una mujer o niña. No queremos decir que las víctimas varones eligen participar en este tipo de competencia machista; por el contrario, actúan de modo tal que aceptan la violencia con la esperanza de ayudar a sus familias, lo que puede ser machista pero al mismo tiempo altruista dentro del marco patriarcal típico de la mayoría de las sociedades a lo largo de la historia y en la actualidad. En esta jerarquía basada en el género que existe en concreto en casi todas, sino todas, las sociedades (tanto las de los perpetradores como las de las víctimas), con anterioridad al genocidio, el género de las mujeres y niñas ya las vuelve un objetivo fácil para la violencia. La violencia familiar se toleró por mucho tiempo e incluso en algunas sociedades se incentivaba a ello. A pesar de un aparente progreso en los países "avanzados", todavía es algo que tienen en común y que prevalece como en todos lados. La violación sexual también es un rito de pasaje en varios grupos, desde los equipos deportivos y las fraternidades a las pandillas y las unidades militares. En los inicios de un genocidio, cuando los asesinos buscan su objeto, se elige la raza o la etnia como criterio clave, pero inserto a esto aparece de modo inevitable el disfrute de infligir sufrimiento en mujeres y niñas mediante la violación sexual y otro tipo de violencia, como la esclavización.

Resulta clave resaltar que, aunque la mayoría de los perpetradores son varones, los puntos de la crítica anterior no buscan, de ningún modo, afirmar que las mujeres sufren "más" que los varones en los genocidios –¿cómo sería posible medirlo?– o ignorar la violencia sexual ejercida contra los varones, que necesitan y merecen el

mismo cuidado, empatía y apoyo que las demás víctimas de violencia sexual. En vez de ello, pretendemos señalar que el sufrimiento de los varones en el genocidio no es el resultado de una agenda o de un prejuicio en contra de los varones mientras que el sufrimiento de las mujeres involucra, en general, una superposición de fuerzas causales diversas que incluyen la dominación masculina y la misoginia. Reconocer la existencia de una jerarquía basada en el género y sus efectos en el genocidio no supone ni da lugar a soslayar o relatar de modo impreciso el sufrimiento real de los varones. Plantear que parte del sufrimiento de algunas mujeres tiene una génesis diferente a la de los varones no se traduce en la negación del sufrimiento de las víctimas varones o en la concepción de que sufren menos en el genocidio. Sin embargo, esto sí comunica algo acerca de quiénes son los perpetradores, por qué cometen el genocidio y por qué lo hacen de la particular manera en que lo realizaron.

Establecer la particular relación que se entabla entre la dominación masculina y el genocidio es crucial para acceder a las causas de este. Si el análisis sobre esta relación propuesto en este artículo es correcto, las estructuras preexistentes basadas en una jerarquía de género con frecuencia contribuyen a que se desate el proceso genocida. De hecho, la violación sexual, la violencia familiar, entre otros, son vectores preexistentes de violencia a los que se recurre de manera frecuente y en general en la perpetración del genocidio. Este vector de violencia preexistente es un elemento habilitador del genocidio muy significativo. Desafiar las socializaciones existentes de varones y niños en la jerarquía de género y el rol de la violencia contra las mujeres en la cultura popular y pornográfica puede auxiliar en la prevención de genocidios.<sup>40</sup>

<sup>40</sup> Este punto se posiciona en la intersección entre Elisa von Joeden-Forgey, "The Missing Link: Gender and an Early Warning System" (artículo presentado en la *8th Biennial Conference of the International Association of Genocide Scholars*, George Mason University, Arlington, 8 de junio de 2009) y dos artículos de MacKinnon: Catherine A. MacKinnon, "Turning Rape into Pornography: Postmodern Genocide", en Stiglmeier, 73–81; y MacKinnon, "Rape, Genocide, and Women's Human Rights".

Un tópico de larga data en los estudios sobre genocidio afirma que la deshumanización es un paso previo necesario. Si bien la deshumanización tiene lugar en el proceso genocida, la idea acerca de que se trata de una causa esencial o típica no es necesariamente verdadera. La deshumanización es, con frecuencia, el resultado del proceso<sup>41</sup> y no la causa o la condición que lo posibilita. Mientras que por cuestiones de espacio no se pueden considerar en detalle las pruebas, resulta evidente que en muchos casos el proceso genocida dependió del reconocimiento de la humanidad de las víctimas. Por ejemplo, la tortura causa más placer en el perpetrador cuanto más compleja sea la mente de la víctima, es decir, el grado en que pueda registrar un dolor multifacético, el terror a esa recurrencia en el futuro, etc. El dolor causado por las violaciones sexuales perpetradas frente a miembros de la familia dependía en gran medida de las complejas emociones humanas que esa persona y la familia experimentarían. De modo similar, las elecciones forzadas acerca de qué niño iba a salvarse supone una agonía en los padres mucho mayor que la que sufren otros animales. Por eso, en muchos casos, el cálculo sobre infligir dolor dependía del reconocimiento de la condición humana de las víctimas, en directa contradicción con la teoría de la deshumanización. En vez de la deshumanización, los perpetradores afirman su propia condición de excepción (en algunos casos, en la forma de superhombre, como es el caso de la ideología nazi), lo que los hacía superiores a las víctimas y establecía la misma distancia que la teoría de la deshumanización.<sup>42</sup> La dimensión ética de esa excepcionalidad es

crucial: en vez de ubicar a un grupo determinado por fuera del “universo de las obligaciones”, tal como menciona Helen Fein, los perpetradores se otorgan a sí mismos una excepcionalidad ética identificada por Kant en *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* como trampa moral, una excepcionalidad que les da el derecho a hacer cualquier cosa a quien sea.<sup>43</sup> Esto ayuda a explicar el motivo por el cual los grupos que perpetran los genocidios con frecuencia dirigen la violencia contra diversos grupos a la misma vez o a lo largo del tiempo, como el caso del nazismo, los Jóvenes turcos, la *Interahamwe* en Ruanda, los Jemeres Rojos, los serbios ultranacionalistas, la Unión Soviética de Stalin, los Estados Unidos, Gran Bretaña, entre otros. Además, la deshumanización de las víctimas puede depender del afianzamiento del sentimiento de superioridad de los perpetradores.

No queremos decir que la teoría de la deshumanización erra por completo. La deshumanización puede ser un elemento que habilita al genocidio. Es más, la teoría de la deshumanización captura un elemento clave del genocidio: el poder o estatus diferencial entre los grupos de los perpetradores y de las víctimas. El diferencial de poder es necesario para el genocidio, ya sea como condición de posibilidad o como fin por alcanzar. Pero este diferencial puede incluir cualquier combinatoria del estatus de las víctimas y los perpetradores mientras que estos últimos ocupen la posición de dominación.

Sostengo que muchos estudiosos del genocidio adhieren a la teoría de la deshumanización por los presupuestos éticos. La teoría de la deshumanización explica el genocidio sin atribuirles a los per-

<sup>41</sup> Morgan Blum, “Dehumanization as a Process of Genocide” (tesis de grado con mención honorífica, Clark University, 2002).

<sup>42</sup> Henry Theriault, “Rethinking Dehumanization in Genocide”, en Richard G. Hovannisian (ed.), *The Armenian Genocide: Cultural and Ethical Legacies* (New Brunswick, NJ: Transaction, 2007), 27–40.

<sup>43</sup> Helen Fein, *Accounting for Genocide: National Responses and Jewish Victimization during the Holocaust* (New York: Free Press, 1979), 9; Immanuel Kant, *The Groundwork for the Metaphysics of Morals*, trad. H.J. [N. del T.: para la traducción al español, ver Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (Buenos Aires: Eudeba, 1998)]; H.J. Paton (London: Hutchinson, 1948).

petradores un rasgo primitivo del “mal”, lo que resulta ser positivo, pero, a su vez, no logra reconocer que los humanos son perfectamente capaces, en muchas ocasiones por motivos nimios, de infligir daño grave de manera intencional y deliberada. Esto resulta problemático. La desenfrenada violencia familiar a nivel mundial demuestra el modo en que la violencia intencional contra otros seres humanos – parejas íntimas o hijos– está presente en nuestras vidas cotidianas. No debería sorprender que estas tendencias violentas se puedan movilizar con facilidad en otras direcciones. Si tantas personas pueden abusar de miembros de sus familias, incluso hasta llegar a violaciones sexuales y asesinatos, ¿no sería todavía más sencillo que se ejerciera esa violencia sobre otros, en especial extraños? La teoría de la deshumanización de hecho retoma la perspectiva socrático/platónica acerca de que las injusticias y los daños infligidos resultan de la ignorancia y nunca se trata de actos intencionales. Es decir, el daño es un error, no un resultado buscado. Este antiguo relato acerca de los actos reprobables consuela pero resulta ingenuo y débilmente fundamentado. De hecho, lo superan otros de los argumentos más débiles de Platón, dependiendo de equívocos, por ejemplo en *Menón*. Para la teoría de la deshumanización, el error consiste en no poder reconocer a los “otros” como seres humanos, en general, debido a la propaganda o a otras fuerzas coercitivas exteriores. Apoyarse demasiado en la idea de deshumanización se vuelve un obstáculo para la comprensión de las causas del genocidio y, en consecuencia, para su prevención. A esto se suma que se habilita a los perpetradores, en especial a aquellos de jerarquías intermedias y bajas, a librarse de culpas en gran medida. Esto no desprecia los roles de la ignorancia, la manipulación y demás, en es-

pecial en los perpetradores de jerarquías bajas, pero afirmamos que no existe una simple dicotomía excluyente sobre la responsabilidad de los perpetradores por los actos genocidas. Los perpetradores deben quedar sujetos a una examinación en un continuo que va desde la libertad de acción hasta la participación forzada.

Existen otras tendencias totalizadoras entre las teorías recientes sobre el genocidio, lo que incluye afirmaciones acerca de que todos los genocidios consisten en contrainsurgencias<sup>44</sup> y sobre que el genocidio (moderno) es un elemento del Estado nación.<sup>45</sup> Mientras que estas y otras teorías son complejas, están llenas de matices y son muy productivas para los estudios sobre el genocidio –en parte porque se enfocan en elementos importantes de los genocidios que no se identifican ni se resaltan en general–, cualquier teoría totalizante sobre el genocidio por sus características intrínsecas precisará cálculos ptolemaicos para cubrir toda la variedad de casos. Los genocidios varían en gran medida en relación con el contexto, los objetivos, las causas, los efectos, el tipo de grupo de víctimas y otros factores que los caracterizan. Por eso no se los puede reducir a una única explicación. Por ejemplo, la noción que toma al genocidio como colonialismo es vital para llamar la atención acerca de los múltiples genocidios coloniales alrededor del mundo, en especial en los últimos 520 años, y para resaltar por medio de este marco características del genocidio que no se comprenden en general. No obstante, este abordaje obstaculiza el análisis de casos que no se adecuan a la perfección a aquel. El colonialismo es una relación de dominación pero existen otras que pueden ser elementos principales o parciales en un genocidio. La atención puesta en las relaciones de poder que pueden ser coloniales, basadas en el género, la

<sup>44</sup> A. Dirk Moses, “Moving the Genocide Debate Beyond the History Wars”, *Australian Journal of Politics and History* 54.2 (2008): 248–70.

<sup>45</sup> Mark Levene, *Genocide in the Age of the Nation State*, vol. 1, *The Meaning of Genocide* (London: I.B. Taurus, 2005).

nación, etc., es clave para organizar las diversas formas que adopta el genocidio y las maneras en que el fenómeno ocurre en diversos contextos.

Las teorías totalizadoras también, con frecuencia, reducen al genocidio hasta comprenderlo como otra, supuestamente más fundacional, fuerza opresiva, como el imperialismo, capitalismo, autoritarismo, nacionalismo, militarismo, racismo o incluso la enfermedad mental. El interrogante sería ¿por qué tiene lugar ese reduccionismo? Dada la preeminencia de los genocidios a lo largo de sistemas políticos y económicos y a través de la historia de la humanidad, de un modo similar al sexismo, ¿por qué no se lo toma como una forma elemental de la opresión? ¿Por qué la motivación para destruir un grupo resulta secundaria en relación con el trato diferencial hacia personas en base a la religión o la etnia? Es real que el genocidio puede perpetrarse como parte de un proceso más amplio de colonización o esclavitud, pero este último, por ejemplo, también es un elemento típico del genocidio. Estas formas de opresión tienen valor explicativo y en la práctica se superponen e interactúan entre sí. En vez de reducir unas a las otras, resulta más productivo examinar las maneras complejas en que estas fuerzas se cruzan en diferentes instancias de la violencia y la opresión.

Resulta peligroso reducir el genocidio a otras fuerzas sociales o situaciones opresivas. Podríamos concluir que, de eliminar esa fuerza u opresión, se terminaría el genocidio. No obstante, el genocidio sobrevivió a drásticas transformaciones a lo largo de la historia; por ejemplo, es poco probable que la mera eliminación de los Estados nación modifique lo anterior. Podríamos encontrar nuevas formas que adopta el genocidio en relación con las características de la nueva etapa his-

tórica, pero el genocidio sobrevivirá salvo que se lo encare de manera directa.<sup>46</sup>

Al mismo tiempo, el cruce entre el genocidio y otras formas y estructuras opresivas como el colonialismo, imperialismo, racismo, nacionalismo chauvinista, sexismo, esclavitud, *apartheid*, intolerancia religiosa, antisemitismo y homofobia supone elementos vitales para la cuestión de la prevención. Se prestó mucha atención tanto a la intervención como a las advertencias tempranas. El problema de la intervención, en especial la militar, es que o llega demasiado tarde como para detener el impacto o introduce nuevas dinámicas de poder, opresión, violaciones a los derechos humanos, aun cuando pone un fin a las anteriores. La advertencia temprana es una alternativa que habilita el accionar anticipado frente a un potencial genocidio para que la disruptiva intervención no sea necesaria.<sup>47</sup> Pero este enfoque en las advertencias tempranas resulta problemático en dos sentidos. En primer lugar, resulta sencillo detectar advertencias tempranas y su fracaso no explica que se pudieran perpetrar genocidios de manera reciente. La "comunidad internacional" tenía muchas advertencias sobre el Genocidio en Ruanda, aunque se mantuvo al margen por años mientras se perpetraban los genocidios en Bosnia y Sudán. Por supuesto que desde algunas posturas se discute la caracterización de los dos últimos casos como genocidio, pero ello no constituye razón suficiente para tratarlos con indiferencia; incluso si se los considera violaciones en masa a los derechos humanos, en base a los principios aceptados acerca de esos derechos, debería haberse puesto un freno a tiempo.

Sin embargo, estos fracasos no constituyeron faltas contingentes de la "voluntad política" tampoco, lo que nos conduce al segundo problema. El genocidio no

<sup>46</sup> Seguimos el análisis de Etienne Balibar sobre el "neo racismo" en "Is There a 'Neo-Racism'?", en *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, trad. Chris Turner (London: Verso, 1991), 17-28. [N. del T.: para la versión de la traducción al español, ver Etienne Balibar, *Raza, nación y clase* (Madrid: IEPALA, 1991)].

<sup>47</sup> Ver, por ejemplo, Albright and Cohen, *Preventing Genocide*, 17-53.

es un fenómeno de la superficie incompatible con las fuerzas sociales, políticas, económicas y culturales más amplias que dan forma a nuestra realidad. Por el contrario, se trata de un fenómeno arraigado de manera profunda, es decir, un elemento constitutivo. El mundo que habitamos se vio condicionado por el genocidio y las fuerzas opresivas además de las estructuras mencionadas antes. El genocidio se naturalizó como violación frecuente de nuestros estándares de comportamiento y se lo tolera –cuando no se lo perdona– dado que es parte del desarrollo histórico de nuestro mundo.<sup>48</sup> Países como los Estados Unidos, Turquía, Argentina y Australia existen de la manera en que se presentan hoy en día debido al genocidio. El problema del genocidio es profundo y fundacional. Extirparlo supone un sustancial trabajo de reconstruir nuestra realidad actual. Este hecho es el que los debates sobre las advertencias tempranas, la intervención y la prevención evitan.

Es claro que existe cierta resistencia a reconocer el verdadero desafío de todo lo que implica este problema en nuestro mundo. Parte de la resistencia en los círculos de los estudios sobre el genocidio refleja un recelo más general a la transformación revolucionaria. Robert Melson afirmó, sin equivocarse,<sup>49</sup> que algunos genocidios tuvieron orígenes en movimientos revolucionarios. En términos más generales, la revolución es una actividad política extrema y la historia de este tipo de actos que se vuelven genocidas acon-

seja ser cautelosos y evitar este tipo de accionar. Pero esto iguala los distintos tipos de transformaciones políticas radicales y no identifica que, mientras el genocidio sea parte del orden sociopolítico del presente, las políticas centristas reforzarán la naturalización del genocidio. Dada la centralidad fundacional del genocidio y de otro tipo de situaciones de opresión en el mundo hoy en día, pareciera ser que solo la transformación radical es la respuesta al problema: grandes problemas exigen respuestas considerables y los sistemas de advertencias tempranos y las organizaciones de defensa quedan por debajo de ese umbral.

Un mecanismo de transformación ya emergió. Quince años atrás, en la mayoría de los círculos académicos, populares y políticos, la noción de reparación para el genocidio y otras violaciones en masa a los derechos humanos recibió un rechazo por ser fantástica y extrema. Sin embargo, a partir de ese momento, emergió un movimiento mundial a favor de las reparaciones que conecta a diversos grupos de víctimas, que incluye numerosas víctimas de genocidios que buscan justicia a largo plazo.<sup>50</sup> La reparación se malinterpreta, con frecuencia, como un paliativo enfocado en el pasado que intenta retrotraer a las víctimas al estado previo al genocidio. Ello resulta, por supuesto, imposible y solo una pequeña porción del inmenso daño material, social y cultural generado por el genocidio puede encararse con posterioridad a los hechos, mientras que

<sup>48</sup> Esto resulta cierto a pesar del caso de Timor Oriental, uno de los pocos casos de genocidio en los que se puede hablar de prevención parcial. La intervención arribó en forma de retiro del apoyo al régimen de Suharto que había renovado los ataques genocidas en Timor Oriental en 1999, ataque que se había iniciado en 1975. Esta retirada sí previno una escalada de la violencia tras el asesinato de unos cuantos miles de personas. Al mismo tiempo, la modificación en las políticas estadounidense, británica y australiana fue consecuencia de los cambios en la situación geopolítica y en particular de la viabilidad de Suharto como líder pro Estados Unidos, pro Gran Bretaña y pro Australia. A diferencia de 1975, en 1999 el genocidio no recibía más la autorización geopolítica. De haberla recibido, habría dado paso a que ocurriera.

<sup>49</sup> Robert Melson, *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust* (Chicago: U. of Chicago P, 1992).

<sup>50</sup> Un paso significativo y una reflexión sobre este proceso fue *Whose Debt? Whose Responsibility?*, una jornada internacional acerca de la reparación realizada en la Universidad Estatal de Worcester el 10 de diciembre de 2005, donde se presentaron artículos sobre grupos sudafricanos, afroamericanos, nativos americanos, "mujeres de consuelo", armenios y una cantidad de cuestiones acerca de la reparación. Fue organizado de manera conjunta por el reconocido activista por los derechos humanos Dennis Brutus y por mí.

el trauma es imposible de reparar. Sin embargo, la verdadera definición de la reparación de los grupos es una reformulación de las condiciones presentes para restablecer la viabilidad de las víctimas frente al ataque genocida del pasado. Lograrlo exige un cambio en los recursos y el poder que puede lograr transformaciones más amplias distantes de aquello vinculado al genocidio. Si atendemos a los efectos de cada genocidio particular, el mundo pasará a cortar sus raíces con el genocidio así

como también el genocidio dejará de ser parte de este mundo. Las limitaciones de la extensión de este artículo nos impiden debatir de manera exhaustiva esta línea de análisis pero el campo de los estudios sobre el genocidio y los profesionales parecen encontrarse en una encrucijada. Uno de los caminos conduce a compromisos superficiales con el genocidio en un futuro cercano mientras que el otro ofrece oportunidades para transformar la dinámica que engendra el genocidio. —